



El valor de lo comunitario en la escuela agustiniana

25



FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA



El valor de lo comunitario en la escuela agustiniana



EL VALOR DE LO COMUNITARIO EN LA ESCUELA AGUSTINIANA

PUBLICACIONES FAE

FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA

Publica:

**FAE
FEDERACIÓN AGUSTINIANA
ESPAÑOLA**

Coordinan:

**Santiago M. INSUNZA SECO
María Paz MARTÍN DE LA MATA**

Escriben:

**Francesc TORRALBA ROSELLÓ
Carmen GUAITA
Narcís VIVES**

Imprime:

**MÉTODO GRÁFICO, SL
Albasanz, 14 bis
28037 MADRID**

**I.S.B.N.: 978-84-92621-32-3
Dep. Legal: FALTA**

EN la portada del programa aparece como tema del AULA 2015, “**El valor de lo comunitario en la escuela agustiniana**”. Frente a los vientos contemporáneos de individualismo y exclusión, se quiere subrayar el acento de una educación inspirada en una antropología que se caracteriza por la amistad, la búsqueda en común de la verdad, la apertura a Dios y a los demás. Antropología trascendente, pero sin olvidar las asignaturas fundamentales de convivir y compartir porque el desarrollo de la vida humana pasa por la donación de la propia persona y su implicación en el bien común.

Los libros de texto que utilizan nuestros alumnos como instrumentos de aprendizaje no llevan nuestro remite, pero sí los *contextos* que dejan una huella más marcada que la palabra escrita. Los contextos –entretejidos por gestos y relaciones– equivalen al clima que rodea e impregna toda la acción educativa. Los discursos acerca de los valores, la capacidad de asombrarse o el empeño por una vida coherente, solo son convincentes cuando se hacen visibles en la vida de esas personas que llevan sobre la piel el título honroso de educadores. Por eso educar es una profesión moral, una confesión humilde de experiencias que entrecruzan el saber y el actuar, la inteligencia y el corazón.

¿Cómo podemos medir la relevancia del acento comunitario entre nosotros? El respeto a la diversidad, la participación, el trabajo en grupo, la reciprocidad, son señales que expresan si hemos colocado en pri-

mera línea el deseo de aprender a vivir juntos. Victoria Camps afirma que “la verdad está siempre en el acuerdo” y no podrá existir el acuerdo sin diálogo, escucha y reconocimiento de los distintos criterios personales.

Nos ha tocado vivir un mundo suficientemente complejo como para intentar descifrarlo cada uno en su habitación. Las visiones individualistas no son vías de aproximación a la verdad y tampoco crean tejido común. Es hora de trabajar en red, de intercambiar el fruto de nuestro pensamiento, de sumar miradas: la mirada de los educadores, la de los alumnos, la de sus padres... En tiempos de dificultad son necesarias grandes alianzas. ¿Llegará algún día el pacto educativo entre los partidos políticos, solicitado tantas veces por la sociedad española?

Hubo tiempos en los que la asimetría entre el educador y el alumno abría una distancia casi infranqueable. Hoy se valora más la circularidad que se establece en la comunicación recíproca que –si no converge en el interés por lo comunitario– quedará en la defensa de territorios particulares. Pocas realidades tan limpias como lo común se ha pervertido tanto y por eso la urgencia por recuperar la política como servicio a los intereses de todos. Mientras el significado más auténtico de la actividad política no es otro que velar por los derechos y libertades de todos, los gobernantes aparecen como expertos en el engaño, el cinismo y la corrupción. Política dissociada de la ética y carcomida por el clientelismo y el deseo de poder. El resultado son democracias huecas apoyadas en la grandilocuencia de palabras que desdibujan y mutilan la realidad.

Paradójicamente, en la escena social comparecen la participación y el egoísmo, el ansia comunitaria y la fría soledad. La palabra comunidad tiene hoy un carácter puramente funcional y, frecuentemente, superficial. Hay que recuperar un significado más hondo porque el tiempo ha erosionado expresiones tan nobles como *bien común* y *comunidad*.

La pedagogía sobre el valor de lo comunitario reviste hoy particular interés porque un número de países hemos sido convocados a la construcción de la nueva Europa como comunidad pluriétnica, multicultural y multireligiosa. En este propósito, la primera urgencia es concentrar los esfuerzos para la realización de un bien común que supere los nacionalismos, sin negar la fisonomía y los valores propios de cada pueblo y cada nación. La *comunidad europea* no se puede presentar únicamente como una realidad económica, sino como un proyecto que exige una fundamentación ética para que se convierta en una especie de globalización de la solidaridad, de la justicia y la libertad.

¿Existe todavía solidaridad en Europa o nos estamos convirtiendo en un continente de egoístas?, se preguntaba el cardenal Martini en Milán con ocasión de la fiesta de san Ambrosio, en diciembre de mil novecientos noventa y dos. Si el edificio de la nueva Europa no se levanta sobre el respeto a la pluralidad, la convivencia y la solidaridad, estaremos ante una sociedad sin alma y sin espíritu.

En el estudio *Significatividad social de la escuela católica*¹, hay datos que merecen ser subrayados porque provocan algunos sobresaltos. Entre los padres con hijos en centros públicos es menor la presencia de actitudes negativas ante el hecho de la presencia de alumnos inmigrantes en los colegios² y entre los padres de alumnos de centros religiosos se acentúa el rechazo a la presencia de niños gitanos en el colegio de sus hijos³. Se observan posturas más segregacionistas en los padres del segmento colegios religiosos⁴ en cuanto a la presencia de niños con necesidades educativas especiales en los centros escolares.

¹ SM-FERE, Madrid (2002).

² *Ibíd.* 89.

³ *Ibíd.* 94.

⁴ *Ibíd.* 99.

Estas conclusiones –que merecen fiabilidad porque el estudio lo promovió la FERE– no deben interpretarse como un dedo acusatorio sobre los padres de nuestros alumnos, sino, más bien, como un argumento añadido acerca de la necesidad de una educación en valores comunitarios, capaz de imantar la acción de todos los agentes de la comunidad educativa y saber que los primeros afectados por estos valores somos los educadores. Si esto no fuera así, los alumnos escucharán con recelo nuestras palabras y contemplarán con sospecha nuestra vida. El ser padre o madre –como el ser educador–, no es un puesto escénico en el reparto del gran teatro del mundo; es una vocación, una misión que se lleva pegada al alma. “Educar es contagiar una forma de vida. Es intrínsecamente una actividad moral y hace falta cuidar al máximo esta dimensión”⁵. Cada ser humano está rodeado y condicionado por sus circunstancias. Lo dijo Ortega y los demás lo hemos repetido mil veces como una melodía pegadiza. No quiere decir que suframos de una absoluta indefensión ante las circunstancias, sino que hay que contar con ellas porque forman parte de nosotros mismos.

La vocación universalista de Europa se aleja de cualquier atisbo de ensimismamiento o *eurocentrismo* y debe traducirse hoy en el empeño por establecer unas relaciones de igualdad con todos los continentes y la apertura de sus puertas a los más desfavorecidos con una legislación que favorezca la solidaridad entre los pueblos del planeta.

Enseñar a vivir juntos es uno de los cuatro aprendizajes que constituyen, según la UNESCO, los pilares de la educación contemporánea. La violencia y la intolerancia, la negación de la diversidad, contradicen el sueño de una humanidad reconciliada y solidaria. Saltan las alarmas cuando los sociólogos nos advierten que aumentan entre nuestros jó-

⁵ SÁNCHEZ-GEY VENEGAS, J., «Educadores ante el Tercer Milenio», en *Revista Agustiniiana*, vol. XLIV, Mayo-Agosto 2003, nº 134, p. 523.

venes los signos de racismo y xenofobia. Hablar de educación es hablar de diversidad por dos razones incuestionables: la educación verdadera hace emerger la originalidad de cada persona y el mundo es cada día más diverso y plural.

Del compromiso con el horizonte de la mundialización surge la esperanza de una sociedad alternativa y de un mundo más humano. “Todo educador católico tiene en su vocación un trabajo de continua proyección social, ya que forma al hombre para su inserción en la sociedad, preparándolo a asumir un compromiso social ordenado a mejorar sus estructuras conformándolas con los principios evangélicos, y para hacer de la convivencia entre los hombres una relación pacífica, fraterna y comunitaria. Nuestro mundo de hoy con sus tremendos problemas...exige que el educador católico desarrolle en sí mismo y cultive en sus alumnos una exquisita sensibilidad social y una profunda responsabilidad civil y política. El educador católico está comprometido, en último término, en la tarea de formar hombres que hagan realidad la ‘civilización del amor’”⁶.

La historia humana siempre ha sido conflictiva, pero hay elementos nuevos que acentúan el riesgo, en particular el extraordinario potencial de autodestrucción que la humanidad misma ha creado durante el siglo XX. A través de los medios de comunicación, la opinión pública se convierte en observadora impotente y hasta en rehén de quienes generan o mantienen vivos los conflictos. La actual atmósfera competitiva que impera en la actividad económica de cada nación y, sobre todo a nivel internacional, tiende además a privilegiar el éxito particular y a la fractura del mundo.

Para disminuir ese riesgo, la comunicación entre miembros de grupos diferentes tiene que establecerse en un mar-

⁶ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico, testigo de la fe en la escuela*, n. 19 (Roma, 1982) 11.

co de igualdad señalando objetivos y proyectos comunes que favorezcan el conocimiento cordial y la cooperación positiva. Proyectos que permitan superar los hábitos individuales y valoran los puntos de convergencia por encima de los aspectos que separan.

Vivir juntos es un mínimo que no tiene nada que ver con la residencia común. La Escuela Agustiniiana educa para la amistad, para el compartir, para la solidaridad, opta por una educación humanista. Detrás de la geografía y de la historia que se enseñan en las aulas, hay unos pueblos y los rostros de unas mujeres y de unos hombres. Por lo tanto, una educación que promueve los derechos y las diferencias de todos. Una educación –como hoy se dice– para la aldea planetaria, para la cooperación y la paz internacionales. El mundo es único, pero desigual e injusto. Esta dimensión universal y solidaria, tiene aplicaciones inmediatas sin salir de los muros del propio Colegio. Por ejemplo, ofreciendo servicios concretos de integración e instrumentos de recuperación para los últimos. Advertía Luis González-Carvajal en una intervención tenida en el AULA 1994, que, a veces, damos la impresión de que –igual que en cualquier proceso industrial– tratamos de conseguir un producto estándar de calidad, perdiendo en las etapas de ese mismo proceso los elementos defectuosos o menos fuertes⁷.

Escuela Agustiniiana, entonces, de marcado acento comunitario. La justicia y el compartir los bienes materiales y espirituales, son ideas-eje que forman parte del núcleo del evangelio y del pensamiento agustiniano. En consecuencia, no educar solo para ocupar un puesto en la sociedad, sino para transformar esa sociedad. “No hemos de desear que haya miserables para poder cumplir con ellos las obras de misericordia. Tú das pan al hambriento, pero sería mejor que

⁷ Cf. La justicia y la solidaridad, en *Valores Agustiniianos. Pensando en la educación*, Publicaciones FAE, núm. 3, Madrid (1994) 153.

no hubiera hambrientos y no necesitaras dar de comer a nadie. Tú vistas al desnudo, pero ¡ojalá! que todos anduvieran vestidos y no existiese esa necesidad" (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan a los Partos* 8,5).

Educación en y para lo comunitario, ofrece muchas posibilidades. No solo educan las personas, educa también el ambiente, los textos y los contextos. Son todas las actividades, el sistema organizativo, el tiempo libre... Únicamente se puede garantizar este clima desde el respaldo de una realidad comunitaria. "Manteniendo cada uno su característica vocacional propia, sacerdotes, religiosos y laicos deben integrarse plenamente en la comunidad educativa y tener en ella un trato de verdadera igualdad"⁸.

Algo –o mucho– se puede hacer desde nuestra escuela si educamos con amplitud de miras y medimos el crecimiento personal según la norma agustiniana de anteponer los intereses comunes a los propios (*Regla*, V, 31). El trabajo gratuito, el sentirse afectado por las dificultades de los demás y la sinceridad en las relaciones interpersonales son un test que marca nuestro grado de madurez. En expresión del psiquiatra Enrique Rojas, "la capacidad para convivir marca la altura y la profundidad de nuestra persona. Nada matiza mejor nuestro perfil psicológico".

Como Adán del paraíso, el hombre de nuestros días ha sido expulsado de su propia casa por mil solicitudes exteriores. Vive aquella situación interina de perpleja ambigüedad, estadio transitorio entre la enfermedad y la salud, que sufrió el mismo san Agustín (cf. *Confesiones* VI, 11). Detrás de esta aventura vital de Agustín hay un claro mensaje de esperanza. La solución está en la vuelta hacia uno mismo no en la distracción ni en emprender viajes imaginarios porque

⁸ «El laico católico, testigo de la fe en la Escuela», Sagrada Congregación para la Educación Católica. Roma (1982) 77.

nadie puede saltar fuera de su sombra. ¿Cómo construir y velar por lo comunitario si vivimos en situación de exiliados? ¿Cómo ayudar a las franjas más débiles de la población a salir de la situación en que se encuentran?

La opción firme por el valor de lo comunitario hará que nuestra escuela sea experta en humanidad, sensible a las situaciones y posada evangélica como aquella donde fueron curadas las heridas del hombre golpeado cuando bajaba de Jerusalén a Jericó.

Una verdadera comunidad educativa no solo exige unas personas encargadas de desarrollar unas funciones, sino que esas personas se sientan unidas por la conciencia de estar construyendo un *nosotros* que exige tiempo, dedicación y un sentimiento de pertenencia que desembocará en una identidad y unos valores comunes. Lo que realmente determina la existencia de una *comunidad educativa* es la voluntad de cada uno de sus miembros de pertenecer cordialmente a un grupo, tener lo que llama el sociólogo alemán Ferdinand Tönnies *voluntad esencial* de formar parte activa de un grupo que camina hacia metas comunes. Lo comunitario, en el marco de la educación, es una opción profunda que significa crecer en el proceso inalcanzable de compartir experiencias humanizadoras, aprendizajes académicos, valores y convicciones morales en el aula del único maestro donde todos somos condiscípulos (*Sermón 134, 1*).

PUBLICACIONES F.A.E.

AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN 2015

**LA COMUNIDAD ENTRE EDUCADOR
Y EDUCANDO EN LA PRÁCTICA EDUCATIVA**

Francesc Torralba Roselló
Universitat Ramon Llull (Barcelona)
Consultor del Consejo Pontificio para la Cultura

*La educación ayuda a la persona
a aprender a ser lo que es capaz de ser.*
(Hesíodo)

Existe una cierta semejanza entre la tarea del maestro y la del escultor, aunque, en sentido estricto, el maestro actúa sobre una materia viva, capaz de pensar, de sentir, de amar y de crear, mientras que el escultor labra una sustancia inerte. Precisamente por ello, la tarea entraña una dificultad mayor.

El escultor da forma al mármol, al bronce o al hierro y debe luchar para vencer la resistencia de estos materiales. En cada martillazo proyecta la forma mental en el bloque y exterioriza su alma. El maestro no se propone dar forma, sino descubrir la forma interior del educando, su esencia, su capital intangible para extraerlo hacia fuera y labrarlo. Debe, pues, indagar, estar atento, extraer lo que está dentro de él.

También el escultor parte de la idea que la figura está dentro del bloque y que su tarea consiste en vaciar lo que sobra para que emerja el cuerpo, pero el maestro trabaja con un ser humano y no con un objeto inerte, con un ser capaz de actos libres y, por ello, tiene que estar atento a su voz y a su proyecto.

La tarea principal del maestro es ayudar al alumno a aprender a ser lo que es capaz de ser, pero para ello tiene que explorar sus capacidades latentes. La capacidad es un intangible; no está colgada con un letrero en la frente del educando; es algo que no se vislumbra inmediata-

mente. El *poder ser* está oculto, pero el maestro tiene que descubrirlo y darle vida. Si está atento al alumno, a sus habilidades naturales, a sus movimientos espontáneos, se percatará de sus capacidades y entenderá qué potencial hay en él para desarrollar.

El alumno, a diferencia de la *materia prima* del escultor, no es un objeto inerte, algo que está ahí quieto; es un ser dinámico y creativo, responsable y protagonista en la aventura de educar. Es un ser llamado a hacer de su vida un proyecto personal, poseedor de una intimidad que el maestro tiene que preservar en todo momento, tanto en el niño como en el joven y adolescente. De ahí que el buen maestro se limite a sí mismo como expresión de respeto a la dignidad del alumno.

¿A quién se puede llamar maestro?

La pregunta parece obvia, pero no lo es. Hay personas que han sido facultadas para ejercer el magisterio y, sin embargo, no pueden considerarse maestras. Hay otras, en cambio, que jamás pisaron una Facultad, pero tienen capacidades y habilidades para el ejercicio del magisterio. El título no imprime carácter ni garantiza la perfección de la propia vocación.

¿Se nace o se llega a ser maestro? ¿Qué facultades debe atesorar un ser humano para poder denominarse a sí mismo *maestro*? ¿Dónde puede facultarse uno para llegar a serlo? ¿Acaso puede un ser humano denominarse a sí mismo maestro? ¿No es excesivo? ¿No es arrogante? ¿Qué pasaría si no hubiere maestros? ¿Por qué sin maestros no hay civilización?

Me doy cuenta que la temática posee una complejidad enorme. En cada una de estas interrogaciones se oculta un mar de preguntas y de ensayos. Sin ánimo de responder a la totalidad de estas cuestiones, resulta necesario abordar, cuanto menos, alguna de ellas, pues, con frecuencia, se banaliza la figura y la función social del maestro. A veces, incluso se la desprecia o se ningunea a las personas que se dedican a tal profesión como si fuera una buena salida profesional para alumnos poco aventajados.

Me centro en la cuestión fundamental: ¿Quién es un maestro? En sentido estricto, nadie, pues no se es maestro nunca, ya que la condición de maestro exige, necesariamente, el verbo *devenir*.

Uno deviene maestro en la medida en que no deja de ser discípulo, alcanza el rol de maestro desarrollando la misma actividad de enseñar, ejercitándose en el aula y fuera de ella, aprendiendo de los contextos, de los libros y de las múltiples interacciones que tiene con sus alumnos, con las familias y con los otros maestros.

El maestro es un ser *in fieri*, una obra de arte *in progress*, un ser que se construye a lo largo del tiempo. Es un ser humano que se siente, siempre y en cualquier circunstancia, un aprendiz, un ser que está perfectamente abierto, que practica la receptividad y que jamás olvida su condición de educando.

Vuelvo, de nuevo, a la cuestión: ¿Quién es un maestro?

Voy a lo esencial. Más allá de los títulos y de los certificados, se oculta la esencia del magisterio. Maestro es un ser humano al que se le suponen dos cualidades básicas e ineludibles. A saber, la voluntad de comunicar lo aprendido, lo vivido, lo sufrido y lo gozado, pero, también, requiere de otra, tan relevante como aquélla, la capacidad de comunicar, de transmitir lo aprendido de un modo adecuado, teniendo en cuenta la capacidad receptiva del alumno, sus lenguajes, su contexto, su circunstancia, para decirlo con una bella categoría de José Ortega y Gasset; en definitiva, su nivel de comprensión.

La voluntad de comunicar se le supone al maestro, como el valor al soldado. Si no posee esta voluntad, si no siente el anhelo, el deseo de transmitir lo poco o mucho que sabe, no hay acto educativo posible, no hay vínculo pedagógico, tampoco existe un ser humano que pueda denominarse maestro.

Tener voluntad de comunicar no significa que haya pericia para transmitir. Cuando estamos en un país asiático, tenemos voluntad de comunicarnos, pero no dominamos la lengua vehicular, con lo cual el proceso comunicativo queda muy mermado.

La voluntad es el motor, la fuerza que impele a mejorar, a salir día tras día al aula para vaciarse, para entregarse, para donar ese bien intangible que son los conocimientos, la experiencia atesorada a lo largo de la vida. La voluntad, para decirlo con Arthur Schopenhauer, es el

alma de la vida, la fuente del movimiento, la fuerza motriz de la acción educativa.

Al maestro se le supone la voluntad de comunicar. Puede que uno atesore conocimientos, que posea una gran erudición, pero puede que no sienta la necesidad de comunicarlos. Existe el erudito, el especialista, la rata de biblioteca que, a pesar de saber mucho de un área determinada del saber, no siente el más mínimo deseo de comunicar lo que ha aprendido a los demás, lo que ha descubierto y explorado por sí mismo. No puede ser maestro.

La voluntad de comunicar es la condición básica e ineludible para que un ser humano pueda convertirse en maestro. Debería estar presente en todos los candidatos a tal profesión, pero también debería estar presente durante toda su vida profesional.

¿Qué nutre esta voluntad de comunicar? ¿Por qué debería comunicar lo que ha aprendido si él ya lo sabe? ¿Qué es lo que le impulsa a comunicar lo aprendido? ¿Es un deseo de exhibicionismo intelectual? ¿Le mueve la sed de reconocimiento? ¿Necesita ser el centro de gravedad del aula? ¿Puede vivir sin comunicar lo aprendido? ¿Qué gana comunicándolo? ¿Cómo lucha contra el aburrimiento, contra el tedio que supone transmitir, año tras año, lo mismo?

¿Será capaz de transmitir lo mismo sin sucumbir a este tedio? ¿Sabrá explicarlo a cada nueva generación de alumnos como si fuera la primera vez que lo cuenta? El alumno es, de hecho, la primera vez que lo recibe y tiene derecho a vivir ese proceso como algo único y nuevo, porque para él es, ciertamente, un territorio nuevo, ignoto, un mundo virgen a su mirada, aunque para el maestro sea algo conocido y, a veces, hasta trillado.

La voluntad de comunicar es el anhelo de hacer partícipe al alumno del conocimiento de la realidad. Es un acto de donación, un proceso de civilización. En la medida en que el maestro comunica lo aprendido, aprende a comunicarlo mejor. No pierde lo que sabe, lo gana, lo conoce mejor, adquiere más habilidades.

Ahí radica la diferencia entre la lógica del ser y la del tener. Cuando uno da lo que *tiene*, deja de tenerlo; pero cuando uno da lo que *es*, gana, crece, mejora, amplía su ser. Lo tangible se agota cuando se da; pero lo intangible crece y se multiplica. Cuando uno da consuelo, no pierde la facultad de consolar; todo lo contrario, sabe consolar mejor. Cuando uno da música, no pierde su facultad de componer; compone más y mejor, lo mismo ocurre con los consejos, con las ideas, con el saber.

No se nace maestro. El maestro se hace, se construye en la medida en que comunica, una y otra vez, lo aprendido, pero, en cada repetición, incluye aspectos nuevos, incorpora elementos que desconocía, de tal modo que la repetición no es una simple reiteración de lo mismo, ni un círculo vicioso que da vueltas sobre sí mismo de un modo inquebrantable.

Existe una disposición natural para el ejercicio del magisterio, unas condiciones latentes en la persona que ella misma puede vislumbrar en las primeras etapas de la vida. Hay personas que, siendo niñas, sienten ya el deseo de comunicar a otros lo que saben, de ayudar a los demás a conocer lo que ignoran. Gozan con ello. No lo hacen para exhibir sus conocimientos ni para humillar a sus interlocutores, sino el placer intelectual de transmitir conocimiento, de crear una comunidad de aprendizaje. Estas condiciones connaturales, debidamente labradas y curtidas por el tiempo, pueden dar, como fruto final, un buen maestro.

En cada repetición, el maestro incorpora nuevos aprendizajes que ha hecho a lo largo de su vida. La repetición no tiene porqué ser una cansina reiteración de lo mismo, un tedioso movimiento sin escapatoria. Todo lo contrario; puede ser la ocasión para mejorar, para incorporar lo nuevo, para aprender de los errores del pasado, para fortalecer la propia vocación, para ganar seguridad y reconciliarse con el pasado.

Lo que verdaderamente angustia no es lo que se puede repetir; sino, precisamente, lo que jamás se puede repetir, lo que nos jugamos a una sola partida, de tal modo que, si uno yerra, no hay posibilidad alguna de enmienda.

La imagen que se asemeja mejor a la actividad de educar no es la del círculo que da vueltas sobre sí mismo, como el eterno retorno de lo mismo; sino la imagen de la espiral que, a cada vuelta, aumenta de propor-

ciones a partir de un punto central. El maestro crece, en la medida que repite su arte; pero también crece el alumno, a medida que escribe de nuevo, pues su escritura gana tanto en profundidad como en expresión.

Los maestros, cuando salimos al aula, contamos lo mismo, pero no lo contamos del *mismo modo*. No somos máquinas, ni objetos programados que se mueven de aula en aula, mecánicamente, como artefactos tecnológicos que dispensan conocimientos. Somos seres humanos que contamos lo que hemos aprendido, lo que nos han contado antes a nosotros y, al hacerlo de nuevo, crece nuestro potencial de comunicar.

Comunicar es salir de sí mismo sin dejar de ser uno mismo. Salir significa trascender los límites del yo para alcanzar al otro, abrirse a los demás. Es una forma de vaciamiento, de olvido del ego, pero el maestro, en la medida en que enseña, no deja de ser quién es sino todo lo contrario.

Cada cual, cuando enseña, expresa su talante personal a la hora de educar. El talante, bella expresión de José Luis López Aranguren, el modo de ser, el carácter propio no se pierde a través de la tarea educativa; sino todo lo contrario, el *modo* cómo enseña el maestro revela, de una manera transparente, lo que es para bien y para mal.

Cada maestro posee su estilo y los alumnos reciben estilos magisteriales muy variados a lo largo de su formación humana, de tal modo que esta misma pluralidad es educativa por sí misma, porque manifiesta distintos modos de ser adulto y de ejercer el magisterio. Evidentemente, las comparaciones son inevitables entre los alumnos, pero la riqueza de una comunidad educativa está en la pluralidad de talentos que habitan en ella.

Comunicar consiste en exteriorizar, en liberar lo aprendido, en dar a conocer lo que se ha asumido lentamente. Es una práctica de vaciamiento. Este acto comunicativo exige, en cualquier caso, contención, dominio de sí, cautela y prudencia. El centro de referencia debe ser el alumno, pues no se trata de verter cualquier contenido al exterior, ni de vaciar cualquier emoción.

El maestro debe discernir, en cada circunstancia, lo que debe comunicar y lo que debe callar. Hay maestros que tratan de comunicar todo

lo que saben, sin pensar en la capacidad de comprensión del alumno. Vierten todo lo que saben, sin valorar el tiempo que supone tal ejercicio ni las consecuencias que puede tener para otras áreas temáticas.

Hay otros maestros que transmiten lo que conocen solo de oídas, pero que no han estudiado con profundidad, de tal modo que su magisterio carece de calidad; otros, en cambio, exhiben sus conocimientos como si fueran trofeos deportivos, pero no buscan la comprensión de los alumnos, sino el halago. En la raíz de esta actitud está la inseguridad y todo tipo de carencias afectivas.

¿Qué debe comunicar el maestro? La pregunta no es baladí. En ocasiones, sabe mucho más que lo que el alumno pueda comprender. En otras situaciones, no dispone del tiempo mínimo para hacerlo. De entrada, tiene que comunicar lo que el alumno necesita saber.

¿Y qué necesita saber? Lo básico para poder adaptarse al mundo, para desarrollar su vocación, para situarse en la vida y para poder hacer realidad su proyecto vital. Esto supone un trabajo de anticipación.

El maestro debe pensar en el futuro del alumno, no en su presente, ni en sus intereses corporativos; debe imaginar qué conocimientos, técnicas y habilidades deberá tener en su haber el alumno para situarse en el mundo en los próximos diez o veinte años.

Eso exige una tarea de anticipación y de prospectiva, donde es posible, lógicamente, equivocarse. Lo más cómodo es transmitir lo que el maestro sabe, sin pensar en lo que el alumno debe saber y dominar, pero es lo menos eficaz desde el punto de vista educativo.

Un ejemplo paradigmático de ello es la lengua extranjera, en particular, el inglés. No cabe duda que si el alumno no domina bien esta lengua, sus posibilidades de ubicación profesional son muy limitadas, particularmente en un país como el nuestro donde las cifras de paro juvenil son de escándalo.

Los alumnos tienen que dominar esta lengua, pues su futuro profesional está en juego. Eso obliga a la comunidad educativa a situarse en el nuevo escenario, a impartir materias en inglés, con lo cual el maestro se ve obligado a actualizar o estudiar una lengua que, con frecuen-

cia, no domina suficientemente, pero lo que está en juego no es su futuro profesional, sino el del alumno que atiende. No hay que olvidar jamás que la educación es, ante todo, un servicio público.

El alumno no es un contenedor, no está ahí para poder liberar eso que oprime y preocupa al maestro. La acción educativa es comunicación, salida de sí, pero, simultáneamente, contención, autodominio y responsabilidad. No es un pretexto para liberar emociones tóxicas que fluyen por la interioridad. El alumno no es un receptáculo para llenarlo de conocimientos fútiles y estériles, completamente irrelevantes para su construcción como ser humano.

Muy a menudo el alumno es tratado como un recipiente a quien se le vierten todo tipo de elementos nocivos como resentimientos, miedos, temores, indignaciones, celos, envidias, o bien una retahíla de anécdotas biográficas medio inventadas o, simplemente, leyendas urbanas. El aula no es un pretexto para contar la propia vida, para dar a conocer anécdotas de todo tipo, para expresar opiniones y visiones subjetivas de carácter político o religioso, para intoxicar a los alumnos con la propia ideología; pero tampoco puede ser un lugar sin rostro.

Al maestro se le supone voluntad de comunicar lo que es, lo que sabe, lo que cree, lo que conoce, pero el aula no es un vertedero emocional ni mental. De ahí la necesidad de que el maestro discierna, en cada momento y contexto, lo que debe y puede comunicar, que piense en lo esencial, en lo que verdaderamente tiene que dar a conocer, pensando siempre en el bien del alumno, en su desarrollo integral, en su perfeccionamiento como ser humano.

El maestro es un ser humano y no un puro transmisor de conocimientos; es un ser que tiene que discernir qué es lo que debe comunicar pensando en el bien de sus alumnos. Tiene que prestar atención, pues, a sus emociones tóxicas, también debe estar muy despierto y atento a los prejuicios, tópicos y estereotipos negativos enquistados en su alma.

Es obvio que el maestro, en tanto que ser humano, no es ajeno a su vida emocional. No puede desarrollar su labor con *indifferentia mundi*, pues es un ser de carne y hueso, pero tiene que ser capaz de canalizar sus emociones tóxicas y pensamientos negativos de manera no destruc-

tiva, fuera del aula y del claustro. Tiene que lidiar con la rabia, con la impotencia, con la indignación, con los celos, la envidia, el resentimiento, la pena, el miedo, la angustia y la congoja.

Todo este amasijo emocional está en él, fluye en él y, si no es capaz de un discernimiento inteligente, puede acabar irradiando todo ello, sin el más mínimo pudor fuera de sí, puede liberarlo en el aula e intoxicar el alma de sus oyentes con todo ese sufrimiento.

El maestro existe como tal, cuando siente el persistente anhelo de comunicar lo que ha aprendido, cuando percibe la ilusión de darse, de entregarse, una ilusión que se nutre al constatar que gracias a esta donación el alumno crece en profundidad y en amplitud, crece como ser humano. La voluntad de comunicar se alimenta al ver sus frutos, al ver cómo cambia el alumno, cómo se transforma su ser y se desarrolla.

Al maestro se le supone otra cualidad, tan valiosa como la voluntad de comunicar, la capacidad para hacerlo. No se nace capacitado para todo. Se nace con algunos talentos, a veces, muy secretamente ocultos. En la medida en que uno se va conociendo a sí mismo, descubre lo que puede dar a los demás.

La capacidad o competencia comunicativa no se adquiere de golpe, tampoco en la Facultad a lo largo de cuatro años. Se aprende ejercitándose como maestro, a partir de la experiencia, asumiendo los errores y las debilidades de uno mismo.

La capacidad se adquiere lentamente, progresivamente, sobre todo cuando uno está especialmente atento a los maestros veteranos, a los que han entregado su vida en las aulas. Este depósito vivo de la experiencia no puede caer en saco roto. El maestro joven tiene que estar atento a los veteranos, aprender de su pericia y de su *savoir faire*. Debe luchar contra la tendencia a instalarse en lo que ya sabe, contra la pereza intelectual, contra la tendencia a vivir en lo pétreo. La capacidad nunca es total ni absoluta; se adquiere progresivamente.

El vínculo educativo exige, por parte del maestro, voluntad y capacidad de comunicar, siempre de un modo adaptado, teniendo en cuenta dónde está el alumno, cuál es su lenguaje y su mundo, pero exige, ade-

más, por parte del alumno, el otro polo del proceso educativo, dos elementos simétricos: la voluntad de aprender y la capacidad para ello.

En efecto, al alumno se le supone voluntad de aprender, curiosidad intelectual, sed de conocimientos. En ocasiones, el maestro constata que esta voluntad no existe o que está muy apagada. Sale al aula, empieza a explicar lo que ha aprendido, pero constata, con tristeza, que pocos prestan interés, que una gran parte de ellos no siente la más mínima curiosidad por el tema que se está tratando. En tal caso, se plantea una tarea preliminar: despertar la voluntad de aprender, suscitar el deseo de saber.

Aristóteles, al empezar su magna obra, *Metafísica*, afirma, taxativamente, que “todos los hombres, por naturaleza, desean saber”. El afán de saber es constitutivo, pero este deseo puede permanecer oculto o puede ser eclipsado por otros deseos que se experimenten con más intensidad.

El alumno empieza a existir como tal cuando siente el deseo de aprender. Una cosa es estar en un aula sentado, quieto, ocupando un espacio y un tiempo y otra cosa, muy distinta, es experimentar el deseo de saber. Al maestro se le supone capacidad para despertarlo o para avivarlo, pues ésta es una de sus funciones primordiales. No se trata, pues, de responder al afán de conocimientos con una masa aplastante de conocimientos; se trata de dar los suficientes elementos para despertar o avivar el deseo de seguir conociendo.

Si el alumno experimenta tal deseo, se acercará espontáneamente a las fuentes del conocimiento para saciar su sed, para aprender más, pero si carece de tal deseo, aprenderá lo que corresponda para superar el nivel previsto, simplemente porque se le exigen sus padres, el Estado, el sistema. La tarea esencial del maestro consiste en despertar tal deseo o avivarlo, pero ello no es fácil.

Para conseguir tal objetivo, el método socrático es muy adecuado. El alumno debe darse cuenta, en primer lugar, que no sabe, debe ser consciente de su carencia de saberes. Solo la experiencia de la carencia mueve a satisfacer el deseo. El maestro debe mostrarle su ignorancia, debe ayudarle a tomar conciencia que no sabe, pero sin humillarle, sin ofenderle; más bien todo lo contrario, tiene que mostrarle que puede conocerlo, que el saber está ahí para todos, que no pertenece a un grupo cerrado.

El sistema interrogativo puede ser útil. Es el mismo que utilizaba Sócrates en el ágora. Para poner de manifiesto la ignorancia de sus interlocutores, el maestro griego formulaba preguntas y a partir de las respuestas cotejaba el nivel de conocimientos de su interlocutor. Las preguntas ponen de manifiesto los límites de lo que conocemos. También cuando el alumno pregunta al maestro, el maestro se expone, porque puede llegar a la conclusión de que no sabe.

Si el alumno cree que sabe o está convencido que ya lo sabe todo, ¿por qué debería acercarse al aula? ¿Por qué debería escuchar las sesudas lecciones de su profesor? Solo si constata, con plenitud de consciencia, que no sabe y que ese saber que ignora es fundamental para su vida, empezará a latir, en él, la curiosidad, el anhelo de saber.

Es fundamental tomar nota de las dos condiciones, porque ambas son inexcusables. El alumno debe darse cuenta que no sabe, pero si lo que no sabe es irrelevante, completamente extraño a su vida y a su futuro personal y profesional, igualmente no va a experimentar ningún deseo de conocer lo que ignora.

El maestro debe mostrarle, en primer lugar, que hay un universo que ignora y, segundo lugar, que eso que ignora no es irrelevante para el desarrollo de su vida, de su crecimiento individual como persona y como profesional. Es muy probable que el alumno no entienda el sentido de determinados conocimientos, que no vea su utilidad, su razón de ser, lo que aportan a su desarrollo integral, pero el maestro debe buscar razones, justificaciones para que el alumno vea lo que todavía no puede ver.

Al alumno se le supone, además de la voluntad de saber, capacidad para ello. No todos los alumnos poseen la misma capacidad para el aprendizaje, como no todos los maestros están igualmente facultados para enseñar. La atención a la diversidad no constituye ninguna novedad. Es una exigencia en el aula.

El maestro atiende a una diversidad de alumnos en el aula, cada cual con su capacidad de conocer y su voluntad de aprender, pero el alumno también recibe una gran variedad de maestros a lo largo de su itinerario formativo; algunos muy capacitados para enseñar, pero otros sin apenas voluntad de transmitir lo aprendido.

El milagro educativo se produce cuando tiene lugar el encuentro decisivo entre un ser humano, el maestro, con voluntad para enseñar y capacidad para ello, y el alumno, otro ser humano, con voluntad de aprender y capacidad para ello. Cuando ese encuentro tiene lugar, el proceso educativo fluye con toda su potencia y esplendor.

Muy frecuentemente imaginamos este proceso de un modo estático: uno enseña y otro aprende. Sin embargo, la experiencia como docente demuestra que en el proceso educativo tiene lugar un intercambio natural de papeles y de funciones.

En ocasiones, el alumno enseña y el maestro aprende. Aparentemente los roles no se han transformado, pero, en esencia, ha tenido lugar una gran metamorfosis, porque el alumno, con sus preguntas, convierte al maestro en discípulo, aviva en él el deseo de estudiar, de aprender y de mejorar su competencia. El alumno, sin que se lo proponga, estimula la sed de conocimientos en el maestro. Los roles, pues, mutan, se transforman, cambian.

Para que tenga lugar este encuentro, son fundamentales dos actitudes: la confianza y la humildad. Si entre el maestro y el alumno no existe un pacto fiduciario, una confianza tácita, no puede tener lugar la acción educativa.

El alumno confía en la pericia, en la habilidad y en la competencia de su maestro; da por sentado que lo que explica es verdad, que está cotejado científicamente y que su discurso es fiable. El alumno, además, se dispone a escuchar, pero ello solo es posible si cultiva la virtud de la humildad, esto es, el reconocimiento de los propios límites, de su no saber.

La arrogancia es el obstáculo fundamental para que fluya el proceso educativo, ya sea por parte del maestro o del alumno. Si el maestro sufre de arrogancia, no explicará lo que para él es obvio, ni gastará tiempo en lo que considera que son un conjunto de naderías; pero si el alumno es arrogante no prestará ni un instante de su tiempo a escuchar al maestro.

Humildad y confianza son los valores esenciales para que fluya la acción educativa.

AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN 2015

**EL VALOR DE LA COMUNIDAD
A LA LUZ DEL ESPÍRITU AGUSTINIANO**

Francesc Torralba Roselló
Universitat Ramon Llull (Barcelona)
Consultor del Consejo Pontificio para la Cultura

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo fundamental de esta reflexión radica en mostrar el valor de la comunidad a la luz del pensamiento de san Agustín.

En un primer momento, se explora una de las ideologías más preeminentes en la cultura actual, el individualismo, y se pone de manifiesto sus debilidades y sus graves consecuencias para el desarrollo integral de la persona y de los pueblos.

Posteriormente, en un segundo momento, se presenta íntegramente la *Regla* de san Agustín, como una propuesta práctica y viable para forjar comunidades en la actualidad y se subrayan los elementos claves de esta propuesta con el fin de inspirar las comunidades educativas que, en el presente, tienen a san Agustín como referente intelectual y fuerza carismática.

2. MÁS ALLÁ DEL INDIVIDUALISMO

El individualismo ve en el individuo el bien supremo y fundamental al que se deben subordinar todos los intereses de la comunidad o sociedad. Limita la participación de la persona en la construcción de la sociedad, en la medida en que la aísla del bien de los demás y de la comunidad.

El bien del individuo se considera, entonces, como si estuviera en oposición o contradicción con los demás individuos y su bien, o, en el mejor de los casos, se considera que implica, esencialmente, la autopreservación y la autodefensa. El otro aparece como el contrincante, el competidor, el enemigo; pero no como un don, como una posibilidad o como un cooperante.

El individualismo subraya, en exceso, el yo y, al hacerlo, se olvida de la comunidad y de la dependencia que todo ser humano tiene de ésta para desarrollarse a sí misma y alcanzar, mínimamente, sus objetivos.

Desde esta ideología, se concibe al individuo como una entidad inconexa y separada de todo cuanto hay, como un átomo aislado que se ha hecho a sí mismo y no depende de ningún otro ser. Por ello, el individualismo es una ideología que se ocupa de la protección del bien del individuo frente al peligro de la comunidad

Y, sin embargo, el ser humano, tal y como revela la filosofía de raíz personalista, no es una cosa, una piedra que está ahí. Es un ser de relaciones. Se construye en interacción con los otros. Su misma constitución es el resultado de una interacción entre dos seres humanos y solo puede irrumpir a la existencia después de un largo período de interacción con su madre en el seno de ésta.

La relación es algo constitutivo, fundamental; algo que el individualismo niega al concebir que cada ser humano sea una entidad inconexa, separada, aislada de los otros, como si se tratara de un ente autosuficiente e impermeable. Sin embargo, la realidad es tozuda y muestra, de un modo patente, la insostenibilidad intelectual del individualismo.

Frente a la actitud individualista, que reivindica el yo y la independencia personal como fuente de libertad, el análisis de la propia experiencia biográfica permite llegar a una conclusión diametralmente opuesta. “Uno se da cuenta que existe gracias a los otros y que necesita, imprescindiblemente, de los otros para llegar a ser lo que está llamado a ser”.

Escribe el filósofo judío Martin Buber: «En el comienzo es la relación»¹. La relación entre el yo y el tú es primordial; es fundante de la vida humana. No es una mera yuxtaposición: es un encuentro. El Tú viene a mí como una gracia, como un don. La relación con el Tú no es una mera

¹ BUBER, M., *Yo y Tú*, Nueva Visión, Madrid (1967) 24. Martín Buber es, para algunos estudiosos, posiblemente el filósofo judío más significativo del siglo xx. Nació en Viena en 1878 y murió en Jerusalén en 1965 a los ochenta y siete años. Se doctoró en filosofía en 1904. En 1933, es expulsado de la Cátedra universitaria de Frankfurt, y en 1938 se exilió en Palestina, donde es nombrado profesor de sociología en la Universidad Hebrea. De sus muchas obras literarias, religiosas y filosóficas, la obra más conocida es *Yo y Tú (Ich un Du)*. Esta obra fue escrita, en su primera versión, en el apogeo de la primera guerra mundial (1916); en 1919 escribió un segundo borrador de la misma; finalmente la publicó en 1923.

relación de conocimiento; sino una relación personal, de toda la persona. El Tú se presenta, pero soy yo quien entra en relación directa con él. La relación comporta ser elegido y elegir, y es a la vez, acción y pasión.

Escribe Martin Buber: «Me realizo al contacto del Tú; al volverme Yo, digo Tú. Toda vida verdadera es encuentro»². «Aquí está la cuna de la verdadera vida»³.

Frente al individualismo, es necesario destacar el valor que tiene la comunidad en el desarrollo de la vida. El individuo no puede ser sin la comunidad. Nace como consecuencia del encuentro y crece y se desarrolla interaccionando con los otros. El error consiste en pensar el individuo como un ser sin raíces, sin vínculos, sin dependencias, sin historia. Es una ficción filosófica que olvida el plano de la experiencia inmediata, el recuerdo de los propios orígenes.

Frente a esta ideología que solo subraya el valor del individuo y anula la relevancia que tiene la comunidad, es fundamental reivindicar el valor del encuentro y el carácter configurador de éste. Como reacción a los mecanismos de homogenización social y de mimetismo colectivo, la reivindicación individualista tiene su sentido y su valor, pero deja de tenerlo cuando se hipertrofia y se convierte en una ideología excluyente.

Con frecuencia, se desprecia la comunidad por temor a perder el propio yo y, sin embargo, la verdadera comunidad solo puede existir si se respeta la singularidad de cada uno de sus miembros y se establecen entre ellos relaciones de mutua benevolencia. La comunidad no es un reino homogéneo donde todos participan de una misma naturaleza y una misma idea. Es un ámbito de singularidades que se ayudan mutuamente en la ardua tarea de existir.

«La comunidad –escribe Martin Buber– no es la unión de los que piensan igual, sino la auténtica vida en común de hombres de naturaleza similar o complementaria, pero con distintas posiciones»⁴.

² *Ibíd.*, p. 18.

³ *Ibíd.*, p. 16.

⁴ Citado en FRIEDMAN, M., *Encuentro en el desfiladero. La vida de Martin Buber*, Planeta, Madrid (1993) 217.

«La comunidad –concluye– es la superación de la *alteridad* en una unidad viva. No se trata de un cuerpo formal y mínimo, sino de una consciencia de la relación real del otro con la verdad: la ‘inclusión’. Lo que se requiere es que cada uno se haga responsable en la vida por los demás. No borrar los límites entre grupos, círculos o partidos, sino reconocer la realidad común y someter a prueba la responsabilidad común»⁵.

El individualismo anula el valor de la comunidad, de los lazos humanos y de la mutua dependencia. Es una ideología que, en la medida en que aísla al individuo de todo cuanto es, le convierte en un átomo solitario que se avergüenza de solicitar ayuda y afecto a los otros porque anhela una vida independiente, autónoma y, sin embargo, no puede resistir su terrible soledad.

3. FORJAR COMUNIDADES SEGÚN LA REGLA AGUSTINIANA

Presentamos íntegramente la *Regla* de san Agustín y, posteriormente, subrayamos algunos aspectos esenciales para forjar comunidades en el presente. Consideramos que las intuiciones de san Agustín son de una enorme validez para crear comunidades educativas en el presente.

No pretendemos desarrollar un comentario exhaustivo de la misma, porque ello excede con mucho los límites físicos de esta presentación, pero sí remarcar las condiciones de posibilidad de una comunidad sólida tal y como la concibe san Agustín. No cabe duda que vivir en comunidad es complejo y, en ocasiones, muy árido, pero las indicaciones que articula el genio de Occidente, pueden iluminar muchas comunidades educativas actuales.

⁵ *Ibíd.*

He aquí la *Regla de San Agustín*:

REGLA DE SAN AGUSTÍN⁶

1. Ante todas las cosas, amadísimos hermanos, amemos a Dios y después al prójimo porque estos son los principales mandamientos que se nos han dado.
2. Esto es lo que mandamos que observéis los que residís en el monasterio:

CAPÍTULO I

BÚSQUEDA DE DIOS EN COMUNIDAD

3. Ante todo, que habitéis unánimes en la casa (cf. Sal 67, 7) y tengáis *una sola alma y un solo corazón* (Hch 4,32) en camino hacia Dios. Este es el motivo por el que, deseosos de unidad, os habéis congregado.
4. No consideréis nada como propio, sino tenedlo todo en común. En cuanto al alimento y al vestido (cf. 1Tm 6, 8), que os lo distribuya a cada uno vuestro Prior, no con criterios de igualdad, porque no todos tenéis idéntica salud, sino conforme a la necesidad de cada cual. Pues así leéis en los Hechos de los Apóstoles: *Tenían todas las cosas en común y se distribuían a cada uno según su necesidad* (Hch 4, 32. 35).
5. Quienes tenían algún bien en su vida secular acepten de buen grado que sea común al entrar en el monasterio.
6. Quienes, por el contrario, no tenían nada no busquen en el monasterio lo que no pudieron poseer fuera. Sin embargo, si se encuentran

⁶ La traducción de la Regla, realizada por el P. Pío de Luis, sigue la edición crítica del P. Luc Verheijen, OSA (*La règle de saint Augustin*, Etudes Augustiniennes, Paris (1967) 4 17-437). Sin embargo, se han añadido dos frases que, aunque no pertenecen a esa edición, tradicionalmente han estado siempre presentes en el *textus receptus* de la Regla que antecedió a la edición de las Constituciones: n. 1: *Ante omnia, fratres carissimi, diligatur Deus, deinde et proximus, quia ista sunt praecepta principaliter nobis data*; y en el n. 32: *Quod si aliquis rem sibi collatam celaverit, furti iudicio condemnatur*. También se han añadido los títulos de los capítulos, y una numeración progresiva de los párrafos, para ayudar a la lectura y las citas de la misma Regla.

débiles, déseles lo que sea menester, aunque su pobreza, cuando se hallaban en la vida secular, no les permitiese obtener lo necesario. Solo que ellos no se consideren felices por haber encontrado un alimento y un vestido tales que fuera no podían conseguir.

7. Y no se les suban los humos por verse asociados a quienes fuera no se atrevían ni a acercarse. Lo que deben tener en alto es, más bien, su corazón, sin buscar vanidades terrenas (cf. Col 3,1-2); no sea que los monasterios comiencen a ser útiles para los ricos y no para los pobres, si en ellos los ricos se vuelven humildes y los pobres orgullosos.
8. A su vez, los que eran tenidos en algo en la vida secular (cf. Ga 6,3) no menosprecien a sus hermanos que llegaron a dicha santa comunidad desde una condición de pobreza. Al contrario, encuentren mayor motivo de honra por formar comunidad con hermanos pobres, que por la categoría social de sus padres ricos. Tampoco se muestren altivos por haber aportado a la vida común una parte de sus bienes, ni les haga más soberbios el hecho de compartir sus riquezas en el monasterio que el disfrutarlas en la vida secular. Pues cualquier otra clase de maldad se ejercita en producir obras malas; en cambio, el orgullo acecha incluso a las obras buenas para hacer que perezcan. Y ¿qué aprovecha distribuir las riquezas en beneficio de los pobres y hacerse pobre, si el alma desdichada, al despreciarlas, se hace más soberbia de lo que era poseyéndolas? (cf. 1Co 13,3).
9. Así, pues, vivid todos en unidad de alma y corazón y honrad los unos en los otros a Dios (cf. 1Co 15,6), de quien os habéis convertido en templos (cf. 2Co 6,16).

CAPÍTULO II

ORACIÓN

10. Sed asiduos a las oraciones (cf. Col 4,2; Rm 12,12) en las horas y tiempos establecidos.
11. En el oratorio, nadie haga sino aquello para lo que ha sido hecho, de donde ha recibido el nombre. De modo que si acaso hubiera algunos que, teniendo tiempo, quisieran hacer oración también fuera

de las horas fijadas para ella, no se lo impida quien juzgue que allí debe hacerse otra cosa.

12. Cuando oréis a Dios con salmos e himnos, sienta vuestro corazón lo que proferís con la voz.
13. Y cantad sólo aquello cuyo texto mismo indica que ha de cantarse; lo que no fue escrito para ser cantado, no lo cantéis.

CAPÍTULO III

SALUD Y AUSTERIDAD

14. En cuanto la salud lo permita, someted vuestra carne con ayunos y abstinencia en la comida y la bebida. Pero, si alguno no puede ayunar, no tome alimentos fuera de la hora del desayuno, a no ser que se encuentre enfermo.
15. Desde que os sentáis a la mesa hasta que os levantéis de ella, escuchad sin alboroto ni discusiones lo que, según costumbre, se os lea. Y no sean solo vuestras bocas las que reciban el alimento, sino que también vuestros oídos sientan hambre de la palabra de Dios (cf. Am 8,11).
16. Si aquellos a quienes su anterior régimen de vida ha hecho débiles reciben un trato diferente en alimentación, no debe resultar molesto ni parecer injusto a los que otro estilo de vida hace más fuertes. Y estos no consideren a los débiles más felices porque reciben lo que a ellos no se les da; antes bien, deben alegrarse porque gozan de mejor salud.
17. Y si a quienes entraron en el monasterio procediendo de costumbres más delicadas se les conceden alimentos, vestidos, colchones o cobertores que no se otorgan a los otros más fuertes y, por tanto, más felices, aquellos a los que no se les conceden deben pensar en el descenso de nivel de vida que significó para los otros el paso de la vida secular a la monástica, aunque no hayan podido alcanzar la austeridad de los físicamente más fuertes. Ni tampoco deben querer todos lo que ven que unos pocos reciben de más, no como ho-

nor, sino como tolerancia; no vaya a ocurrir la detestable aberración de que en el monasterio se vuelven mortificados los ricos, en la medida de su capacidad, y se hacen delicados los pobres.

18. Como los enfermos necesitan recibir menos alimento para no empeorar, de igual manera, una vez superada la enfermedad, han de ser tratados del modo adecuado para que se restablezcan cuanto antes. Incluso si hubiesen venido de la más extrema pobreza en su vida secular, como si su más reciente enfermedad les otorgase los mismos derechos que a los ricos su anterior modo de vivir. Pero, una vez que hayan recuperado sus fuerzas, vuelvan a su régimen habitual de vida, más feliz y tanto más adecuado a los siervos de Dios cuanto menos necesitan. Y que el placer no los retenga, ya restablecidos, en el nivel de vida al que los elevó la necesidad cuando se hallaban débiles. Júzguense más ricos quienes son más fuertes en soportar la austeridad, porque es mejor necesitar menos que tener más.

CAPÍTULO IV

PROTECCIÓN DE LA CASTIDAD

19. No sea llamativo vuestro porte, ni procuréis agradar con el modo de vestir, sino con la manera de comportaros.
20. Cuando salgáis, id juntos; cuando lleguéis a donde os dirigís, permaneced juntos.
21. Al andar, al estar parados y en todos vuestros movimientos, no hagáis nada que escandalice a la mirada de otra persona, sino lo que se ajusta a vuestra santidad.
22. Aunque dirijáis vuestros ojos hacia alguna mujer, no los dejéis prendidos en ninguna. Pues no se os prohíbe ver mujeres cuando salís; lo que es pecado grave es deseirlas o querer ser deseados por ellas. Y tanto el querer que os deseen mujeres como el deseirlas vosotros, no lo suscita solo el tacto y el afecto, sino también la mirada. No digáis que es puro vuestro interior si tenéis ojos impuros, puesto que el ojo impuro es mensajero de un corazón impuro. Y cuan-

do, aunque calle la lengua, con la mutua mirada los corazones se transmiten mensajes impuros y, como sucede en el deseo carnal, hallan deleite en el ardor recíproco, la castidad misma huye de las costumbres, aunque la violación impura no llegue a tocar los cuerpos.

23. El que deja sus ojos prendidos en una mujer, y se complace si ella tiene los suyos prendidos en él, no debe pensar que no es visto por nadie cuando eso hace; es visto ciertamente, incluso por aquellos que menos piensa. Pero en la hipótesis de que su acción quede oculta y nadie la vea, ¿qué hará respecto a quien la observa desde lo alto y a quien nada puede quedar oculto (cf. Pr 24,12; Sal 94,7)? ¿O se ha de juzgar que no la está viendo porque la ve con tanta mayor paciencia cuanto mayor es su sabiduría? A Él, pues, tema desagradar el varón santo: así evitará querer agradar maliciosamente a una mujer. Para evitar el deseo de mirar con malicia a una mujer, piense que El todo lo ve. Pues también en este ámbito recomienda el temor la Escritura: *Abominable es ante el Señor el que deja prendidos los ojos* (Pr 27,20).
24. Por lo tanto, cuando coincidáis en la Iglesia o en cualquier otro lugar donde haya mujeres, protegéd reciprocamente vuestra pureza. Pues Dios, que habita en vosotros (cf. 1Co 3,16; 2Co 6,16), os protegerá también de este modo sirviéndose de vosotros mismos.
25. Y si advirtierais en alguno de vosotros esa mirada lujuriosa de que os hablo, amonestadle sobre la marcha para que el mal ya manifestado no vaya a más, sino que se corrija de inmediato.
26. No obstante, si le viereis hacer de nuevo lo mismo tras la amonestación, o en cualquier otro día, cualquiera que pudo advertirlo delátelo ya como a persona herida que necesita curación. Previamente, sin embargo, muestre su falta a otra u otras dos personas, para que por la palabra de dos o tres (cf. Mt 18,15-17) pueda quedar convicto y sometido a disciplina con la adecuada severidad. Y no juzguéis que obráis con mala voluntad al dar a conocer la falta. Pues no causáis menos daño a vuestros hermanos, a los que podéis hacer que se corrijan señalándolos, si, por callar, permitís que perezcan. En efecto, si tu hermano tuviese una herida corporal que quisiera ocultar por

miedo a la cura, ¿no sería cruel el silenciarla y misericordioso el darla a conocer? ¡Cuánto más, entonces, debes descubrirle a él para que la podredumbre no invada, con mayor daño, su corazón!

27. Pero si una vez recibida la amonestación, la ignora, antes de mostrar su falta a otros que le han de dejar convicto en caso de negarla, se ha de dar a conocer al Prior por sí, corregido de esta forma menos pública, puede evitarse que llegue a conocimiento de los demás. Si, con todo, lo niega, entonces se han de presentar a éste, que ignora lo ocurrido, los otros testigos, para que, en presencia de todos, pueda no ya ser acusado por un único testigo, sino declarado convicto por dos o tres (cf. 1Tm 5,19). Una vez reconocido culpable, debe sufrir un correctivo según el criterio del Prior o, incluso, del Presbítero bajo cuya responsabilidad se halla. En el caso de que rehúse aceptarlo, expulsadlo de vuestra comunidad, si no se marcha él espontáneamente. Pues tampoco esto se hace por crueldad, sino por misericordia, para evitar que con su contagio pestífero lleve a la perdición a otros muchos.
28. Y el procedimiento descrito a propósito de no dejar los ojos prendidos en una mujer, obsérvese también con diligencia y minuciosidad, con amor a los hombres y odio a los vicios, a la hora de averiguar, impedir y dar a conocer los demás pecados y dejar convictos y castigar a sus autores.
29. Sin embargo, a aquel que haya llegado a tal nivel de malicia que a escondidas reciba de alguna mujer cartas o regalillos de cualquier tipo, si lo confiesa espontáneamente, perdónesele y órese por él. Pero, si es sorprendido y queda convicto de su falta, reciba un correctivo más severo, según el juicio del Presbítero o del Prior.

CAPÍTULO V

USO Y ADMINISTRACIÓN DE LOS BIENES

30. Tened vuestra ropa en común bajo la custodia de uno, de dos o de cuantos puedan bastar para sacudirla, a fin de que la polilla no la dañe. Y como os alimentáis de una única despensa, vestíos de una

misma ropería. Si es posible, no sea incumbencia vuestra determinar la ropa que habéis de llevar según las circunstancias, esto es, si cada uno de vosotros recibe la prenda que había dejado o una llevada anteriormente por otro, siempre que a nadie se le niegue lo que necesita (cf. Hch 4,35). Pero si eso se convierte en motivo de disputas y murmuraciones entre vosotros (cf. 1Co 3,3), como es el caso cuando alguien se queja de haber recibido algo peor de lo que antes había llevado y piensa que no se ajusta a su condición vestir como vestía su hermano, ved en ello la prueba de cuánto os falta de aquel santo vestido interior del corazón a quienes contendéis por el vestido del cuerpo. No obstante, si se ejerce la tolerancia con vuestra flaqueza, hasta el punto de recibir lo que habíais dejado, al menos tened la ropa que quitéis en un único lugar bajo custodia común.

31. De tal manera que nadie tenga ninguna actividad puramente personal, sino que todas vuestras obras las hagáis para el bien común con mayor esmero y más renovada disponibilidad que si cada uno realizase las tareas propias para sí mismo. Pues lo que dice la Escritura de la caridad, esto es, que *no busca sus cosas* (1Co 13, 5), se entiende así: que antepone los intereses comunes a los propios, no los propios a los comunes. A partir de ahí, podréis conocer el alcance de vuestro progreso: será tanto mayor cuanto cuidéis mejor lo que es común que vuestras propias cosas. La consecuencia es que, en el uso de los bienes exigidos por las necesidades de esta vida pasajera, ha de prevalecer la caridad que no pasa (cf. 1Co 13, 8).
32. De donde se deduce que si alguien llevase algo —una prenda de vestir, o cualquier otra cosa que se juzgue necesaria—, incluso si es a sus hijos o a otras personas vinculadas a él por algún lazo íntimo residentes en el monasterio, estos no lo reciban a escondidas; antes bien, quede en poder del Prior para que, integrado en el fondo común, lo dé a quien tuviera necesidad de ello. Si alguien oculta algo que le han llevado, sea condenado como reo de hurto.
33. El lavado de la ropa, realizado por vosotros mismos o por lavaderos, hágase conforme al criterio del Prior, para evitar que el afán excesivo de llevar la ropa limpia arrastre consigo manchas interiores en el alma.

34. Asimismo no se niegue en modo alguno al siervo de Dios el baño del cuerpo, si alguna debilidad suya lo exige. Pero llévelo a cabo siguiendo sin rechistar las prescripciones médicas, de modo que, hasta contra su voluntad, haga por mandato del Prior lo que haya de hacerse en bien de la salud. Si, por el contrario, es él quien quiere, pero tal vez no le conviene, no transija con su antojo. Pues, a veces, incluso si resulta dañino, se cree que es provechoso lo que agrada.
35. Para concluir, cuando existe un dolor sin lesión visible en el cuerpo, créase sin dudar al siervo de Dios que manifiesta que algo le duele. No obstante, en el caso de que no exista certeza de si para curar aquel dolor conviene lo que le agrada, consúltese al médico.
36. Y no vayan a los baños o a cualquier otro lugar adonde hubiera que ir menos de dos o tres. Quien tenga necesidad de salir deberá hacerlo no con los que él quiera, sino con quienes mande el Prior.
37. El cuidado de los enfermos, o de los convalecientes, o de quienes, aun sin tener fiebre, padecen algún achaque, debe confiarse a alguien para que personalmente pida de la despensa lo que advierta que cada uno de ellos necesita.
38. A su vez, tanto los encargados de la despensa, como los de la ropería o de la biblioteca sirvan, sin rezongar, a sus hermanos.
39. Pidan cada día los libros a una hora determinada. Quien los pida fuera de ella, no los reciba.
40. En cambio, los encargados de custodiar los vestidos y el calzado no difieran dárseles a quienes los pidan, si carecen de ellos y los necesitan.

CAPÍTULO VI

PERDÓN PEDIDO Y OTORGADO

41. No mantengáis disputas o terminadlas cuanto antes para evitar que la ira desemboque en odio, convierta en viga una paja y haga homicida al alma. Pues así leéis: *El que odia a su hermano es un homicida* (1 Jn 3,15).

42. Cualquiera que haya dañado la fama de otro con un insulto, o hablando mal de él, o incluso achacándole alguna falta grave, no olvide remediar cuanto antes, con un desagravio, lo que hizo, y el que se sintió dañado perdónele sin más consideraciones. Si, por el contrario, el daño fue recíproco, deberán perdonarse mutuamente las ofensas. Y ello en consideración a vuestras oraciones, que, efectivamente, cuanto más frecuentes las tenéis, tanto más sinceramente debéis hacerlas. Con todo, es mejor el que, aunque sucumba con frecuencia a la tentación de la ira, se apresura a pedir perdón al que reconoce haber tratado injustamente, que aquel que tarda en ceder a ella, pero más difícilmente se siente movido a solicitar el perdón. A su vez, quien nunca quiere pedir perdón o no lo pide de corazón (cf. Mt 18,35), está sin motivo en el monasterio, incluso si no es expulsado de él. Por lo tanto, ahorraos palabras más severas de lo necesario; pero, si llegáis a proferirlas, no seáis remisos en aplicar los remedios con la misma boca que produjo las heridas.
43. Pero, cuando la disciplina necesaria para mantener dentro de un orden a otros más jóvenes os exija decir palabras severas, incluso si tenéis la sensación de haberos excedido en ellas, no se os exige que les pidáis perdón. No sea que, mientras guardáis una excesiva humildad, se resquebraje vuestra autoridad moral para dirigir a los que conviene que os estén sumisos. No obstante, habéis de pedir perdón al Señor de todos, que conoce con cuánta benevolencia amáis también a aquellos a quienes quizá corregís más de lo justo. El amor entre vosotros no lo ha de inspirar el egoísmo, sino el Espíritu.

CAPÍTULO VII

EJERCICIO DE LA OBEDIENCIA Y DE LA AUTORIDAD

44. Obedeced al Prior (cf. Hb 13,17) como al Padre, respetando su dignidad, para no ofender a Dios en él (cf. Lc 10,16); obedeced aún más al Presbítero, a cuyo cuidado pastoral estáis confiados.
45. Así, pues, será incumbencia principalmente del Prior que se cumplan todas estas cosas y, si alguna no lo fuera, no se pase por alto por negligencia, sino que se procure enmendar y corregir. Por lo

mismo, remita al Presbítero, que tiene entre vosotros mayor rango, lo que sobrepasa su cometido o capacidad.

46. Por su parte, el que os preside no ponga su felicidad en dominar desde el poder, sino en servir desde la caridad (cf. Lc 22,25-26; Ga 5,13). Respecto a vosotros, que os preceda por honor; a los ojos de Dios, esté postrado a vuestros pies por temor (cf. Si 3,20). Muéstrase a todos como ejemplo de buenas obras (cf. Tt 2,7): corrija a los indisciplinados, aliente a los abatidos, sostenga a los débiles, sea paciente con todos (cf. 1Ts 5,17). Lleve con agrado mantener la disciplina, infunda temor. Pero, aunque una y otra cosa sean necesarias, desee más ser amado por vosotros que temido, pensando siempre que ha de dar cuenta a Dios de vosotros (Hb 13,17).
47. Por lo cual, obedeciéndole diligentemente, os compadecéis no solo de vosotros mismos (cf. Si 30,24), sino también de él, porque, entre vosotros, cuanto más elevado es el lugar que uno ocupa, tanto mayor es el peligro en que se halla.

CAPÍTULO VIII

OBSERVANCIA DE LA REGLA

48. Que el Señor os conceda cumplir todos estos preceptos con amor, como amantes de la Belleza espiritual (cf. Si 44,6) y prendados, con una vida santa (cf. St 3,13; 1P 3,16), del buen olor de Cristo (cf. 2Co 2,15; Cant 1,3), no como siervos bajo la ley, sino como personas libres que viven bajo la gracia (cf. Rm 6,14).
49. Por otra parte, para que podáis miraros en este librito como en un espejo y no descuidéis nada por olvido (St 1,23-24; Hb 12,5), se os leerá una vez por semana. Y si descubris que cumplís lo que está escrito, dad gracias al Señor, dador de todos los bienes. Mas, si cualquiera de vosotros ve que falta en algo, arrepíentase de lo pasado, tome precauciones para el futuro, orando para que se le perdone la ofensa y no sea abandonado a la tentación (cf. Mt 6, 12-13).

AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN 2015

**LA COMUNIDAD QUE EDUCA.
EL MODELO PEDAGÓGICO AGUSTINIANO,
EN VANGUARDIA HOY COMO AYER**

Carmen Guaita

Licenciada en Filosofía y maestra especialista
en Ciencias Sociales y Pedagogía Terapéutica

I. INTRODUCCIÓN: EL TIEMPO EN QUE VIVIMOS

A las nueve de la mañana del 11 de septiembre de 2001, dos aviones impactaron contra las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York y las destruyeron. Muchos de nosotros vimos caer en directo aquellas torres, pero no estábamos en la gran capital del mundo, sino frente al televisor de casa y eran las tres de la tarde. En aquel momento comprendimos que se habían abolido dos referencias básicas para el hombre: el espacio y el tiempo. A miles de kilómetros de distancia, con varios husos horarios de diferencia, un suceso nos conmocionaba tanto como a quienes lo vivían en realidad, y lo hacía a la vez, en el mismo instante. El espacio –la ubicación física del ser humano– y el tiempo –la ubicación psíquica– dejaban de ser intuiciones puras y propias para sumarse a un magma común que comenzaba a denominarse “globalización”. Desde entonces hasta hoy, hemos profundizado en ese proceso y ya para los jóvenes *aquí* es todo el planeta y *ahora* es siempre.

En una conferencia destinada a educadores no se puede ocultar que vivimos una época compleja para la educación. Cuando un profesor entra en un aula de Secundaria, encuentra un panorama muy diferente al de hace veinte años. Los valores que el trabajo docente representa –el conocimiento, la autoridad– han perdido el crédito que los investía y ahora, cada mañana, los docentes debemos ganarlo todo: la atención, el interés de los chicos, la credibilidad, la confianza, el respeto. ¿Son peores estos jóvenes que los de hace veinte años? Podríamos preguntarnos si es este un tiempo más difícil que aquella edad de profundo cambio en la que Agustín de Hipona escribió: «Alargad vuestro amor. Crezca vuestro amor... Tened fe en Dios. Amad primero a Dios. Alargad vuestro

amor hasta Dios, y a los que podáis, arrastradlos hasta Dios»¹. Y la respuesta sería sencilla: por supuesto que no es ahora más difícil que entonces. Cuando sentimos la tentación de evocar algo como “en mis tiempos estas cosas no pasaban”, debemos recordar que nuestros alumnos crecen y se desenvuelven hoy “en sus tiempos”.

En 1930, José Ortega y Gasset describió en su libro *La rebelión de las masas* los perfiles negativos de sus contemporáneos. Los calificaba como vaciados de su propia historia, sin entrañas de pasado, sin intimidad, dispuestos a fingir cualquier cosa, incapaces de entender que haya misiones particulares, vocaciones..., abandonados a la impresión de que la vida es fácil, y por tanto convencidos de que son dominadores y triunfantes, acostumbrados al exceso en lo material, sin autocritica ni escucha, cerrados a toda instancia exterior, que ni ponen en tela de juicio sus opiniones ni cuentan con los demás. El gran filósofo español, arrastrado por la desesperanza del periodo de entreguerras del siglo XX se preguntaba: «¿Puede hoy un hombre de veinte años formarse un proyecto de vida que tenga figura individual y que por tanto necesite realizarse mediante sus iniciativas independientes, mediante sus esfuerzos particulares?»². El retrato colectivo orteguiano y su pregunta esencial nos parecen asombrosamente actuales. La desesperanza de muchos de nuestros jóvenes y la *toalla tirada* de sus familias se enmarca hoy en el sistema económico y social que nos gobierna, sucesor natural de aquel triste periodo de la historia, pero posiblemente es intemporal. Coincide, de hecho, con el retrato que hace Agustín de Hipona sobre su propia juventud dispersa, y con unas palabras suyas que constituyen el fundamento del carisma que os compromete hoy a vosotros. Dice Agustín con su estilo inolvidable: «Durante mi adolescencia me alejé de ti y anduve errante, Dios mío, en tus caminos, demasiado desviado de la estabilidad que me ofrecías, y me convertí en un paisaje miserable»³.

Esa es la esencia de la tarea docente, nadie podría definirla mejor. En vuestros centros escolares se encuentran personas *en construcción*

¹ SAN AGUSTÍN, *Sermón* 90, 10.

² ORTEGA Y GASSET, J., *La rebelión de las masas*. Tecnos, 2003.

³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* II, 10, 18.

hacia su vida adulta, pero no las veis simplemente como figuras que están de paso o proyectos de algo que todavía no son. El carisma agustiniano os muestra a las claras que los niños y los adolescentes son personas a quienes las circunstancias sociales y familiares condicionan profundamente. Y lo son ahora, en presente. Bajo la apariencia de banalidad de un adolescente preocupado por las modas, late un alma profunda que sufre, ama y vive una vida real en un tiempo real. Nuestros alumnos reflejan la actitud general de la sociedad. Sus modelos éticos son los que ésta les presenta. Esos chicos y chicas preguntan cada día a sus profesores algo muy difícil de responder: “El esfuerzo que me pides, ¿para qué sirve?” Y estamos obligados a que no solo el día de mañana, sino hoy mismo reproduzcan la evocación de Agustín en positivo: “Yo cuento con alguien que me enseña a marcarme metas”.

San Agustín, como si definiera el siglo XXI, dice en sus *Confesiones*: «¿Quién podrá desatar este nudo tan tortuoso e intrincado?»⁴ La sociedad europea de hoy, a pesar de sus inmensas posibilidades, se fundamenta en la circulación del dinero y no del trabajo, en la suplantación del interés social por el beneficio económico. Ha deshecho muchas barreras, pero también ha conseguido ahondar las diferencias económicas y convertirnos en *hiperconsumidores*. La saturación de capitalismo nos ha tatuado en el alma la famosa frase de Benjamín Franklin: «time is money»⁵. Aunque quienes la tradujeron al español adoptaron una forma más suave —el tiempo es oro—, capaz de proporcionarle incluso un significado trascendente, Franklin la escribió como un consejo para hacerse rico, y dijo literalmente lo que quería decir: el tiempo es dinero. De ahí a las jornadas laborales interminables que separan a los padres de los hijos y a la invasión de la esfera privada por el trabajo, no hay más que un paso y casi todos lo hemos recorrido. Como escribe Agustín: «me sentía cada vez más exhausto»⁶. Es asombrosa la modernidad del léxico del gran doctor de la Iglesia. *Exhausto* parece ser el adjetivo

⁴ SAN AGUSTÍN, *Ibíd.*

⁵ FRANKLIN, B., *Advice to a Young Tradesman, Written by an Old One*, en Alan Houston, *Franklin: The Autobiography and Other Writings on Politics, Economics, and Virtue*, Cambridge University Press, 2004.

⁶ San Agustín, *Confesiones* III, 6, 10.

perfecto para describir la situación en que se encuentran muchos de nuestros contemporáneos.

Por otra parte, con las tecnologías de la comunicación, el prójimo –el próximo– es cada vez menos significativo. No sabemos el nombre de nuestros vecinos de escalera pero podemos desvelar nuestra intimidad a quienes nunca conoceremos más allá del *Facebook*. Nuestra solidaridad está más despierta cuanto más lejana es su causa. La vida transcurre proyectada en pantallas que sitúan una barrera entre nosotros y la realidad, de manera que ya nos cuesta distinguirla de la ficción, y por eso podemos cenar tranquilamente tanto delante de una película bélica como de las imágenes verdaderas de un bombardeo. Adoramos este imperio de la comunicación, presumimos de contar con centenares de *amigos* en las redes sociales, nos vamos pasando de unos a otros pedacitos de banalidad e ignoramos que, bajo la oferta de gustos y opciones individuales, no hay más que homogeneidad cultural, laxitud moral y una preeminencia de las modas sobre las ideas y los sentimientos. Creer que el mundo es tal como se nos presenta por la tele nos hace tan indefensos como a los contemporáneos de Agustín que no hubieran salido nunca de su aldea.

El impacto de la sociedad de la comunicación tiene derivaciones particulares. Una de las más peligrosas es la respuesta instantánea a cualquier estímulo que está modificando el ritmo de las relaciones humanas. Si hay algún consejo que ha perdido vigencia es el de “contar hasta diez antes de responder”. Si hay algún reto difícil es el de permanecer *fuera de control* durante algún momento del día, en un espacio-tiempo íntimo y personal donde no llegue el tono del móvil. Por una parte estamos siempre localizados, así que hemos logrado el don de la ubicuidad. Por otra, recordamos las cartas manuscritas que se releían, se guardaban en “jornada de reflexión” antes de echarlas al correo, e incluso llegaban a romperse en pedacitos después de pensadas. La velocidad actual de los mensajes sofoca las posibilidades de reflexión y obliga a potenciar, más que nunca –como objetivo de la educación–, el autocontrol y la autocrítica.

Como sistema de valores, nuestra sociedad contiene demasiada indiferencia. Ha sustituido los ideales por las leyes del mercado y no piensa en consecuencias a largo plazo, en lo que estamos haciendo con la Tierra, con la infancia, con la justicia. Los que tenemos más edad –una

variable del tiempo muy denostada— hemos vivido la quiebra del principio clásico de lo ético, que Agustín relacionaba con el principio de la armonía en el interior del hombre y en las relaciones humanas. Nuestra vida ya no parece un camino, una historia que cada uno escribe, con principio, nudo y desenlace; ahora está obligada a ser un *carpe diem* mal interpretado. En vez de entenderlo como “conviértete en el dueño de tu día” se nos dice que debemos vivir cada día como si fuera el último, es decir, en la agonía. Las preguntas clásicas —¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar?— se convierten en absurdas para quien puede saberlo todo, hacerlo todo, esperarlo todo. Y en cuanto a la pregunta clave —qué es el hombre— la respuesta de nuestro tiempo es: un adolescente eterno.

El impacto de la globalización sobre los valores se llama posmodernidad. Si el espacio deja de ser el límite de nuestra participación en el devenir de la humanidad y ya no percibimos el tiempo como un proceso, la vida se transforma en una sucesión de presentes. Por eso ya no hay sitio para las virtudes, que son un resultado de decisiones y, por tanto, precisan de un progreso en el tiempo. El presente absoluto solo tiene sitio para las opiniones. El propio Agustín lo define con gracia como «estar hinchado de humo»⁷. Hemos construido así una sociedad sin dimensión interior ni mirada a lo trascendente, indefensa, que cada mañana acaba de nacer pero que, sin reflexionar sobre ello, mantiene todavía vivo un anhelo: «Angosta morada es mi alma, ensánchala; está en ruinas, repárala»⁸.

Quienes os identificáis con el carisma agustiniano sabéis que no hay *tiempos mejores* a los que regresar, lo que hay es una esperanza, una búsqueda, un deber ser, un progreso ético de la humanidad que debe avanzar y no retroceder. Este es el mejor tiempo de la historia porque es el nuestro: «Soléis decir —afirma san Agustín—: “Los tiempos son difíciles, los tiempos son duros, los tiempos abundan en miserias”. Vivid bien, y cambiaréis los tiempos con vuestra buena vida; cambiaréis los tiempos y no tendréis de qué murmurar»⁹.

⁷ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* III, 3, 6.

⁸ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* I, 5, 6.

⁹ SAN AGUSTÍN, *Sermón* 311, 8.

No todo es oscuro; por el contrario, nuestros alumnos han visto aumentar extraordinariamente sus posibilidades y tienen reconocidos sus derechos. Están agraciados por la calidad que supone vivir en una democracia, con una ciencia avanzada y con los productos de los que provee la industria. Son iguales ante la ley y cuentan con las cuotas de libertad más amplias que nadie haya tenido a lo largo de la historia. Además, a pesar de la configuración de la sociedad en que viven, no han perdido la profundidad de su esencia. Tal vez no lo dicen, algunos ni lo saben siquiera, pero hoy, como siempre, siguen necesitando, de la manera más profundamente humana, mirar lo que acontece, pensar lo que acontece, preguntarse por ello. Intuyen que el vértigo de la actualidad no es la plenitud y que necesitan una dimensión interior. Afortunadamente tienen un lugar donde cargar las pilas –el centro educativo– y os tienen a vosotros, sus profesores.

Son tiempos complejos, banales, irreflexivos, descoordinados, pero llenos de posibilidades por el simple hecho de que nosotros vivimos en ellos. Los docentes y los alumnos somos hijos de nuestro tiempo. *Ahora* las cosas son así. *Ahora* estas son las reglas del juego. *Ahora* es cuando nos toca jugar. ¿Estamos preparados para afrontar estos retos? No necesitamos astucia; esa ya sobra en todos lados; no necesitamos más voluntad si no la vamos a emplear para mejorar la realidad; ni siquiera necesitamos saberes más precisos. Necesitamos virtudes, las virtudes clásicas, que son los verdaderos y únicos avances de la humanidad: inteligencia, prudencia, sabiduría profunda, conocimiento de nuestros límites, templanza en los juicios, pasión por la verdad, atención a los demás, autocontrol, reconocimiento de que somos una hermandad que solo puede progresar si se ayuda mutuamente. Tiempos de ansiedad como los que vivió Agustín de Hipona y, por tanto, tiempos destinados a ejercer desde la fe más profunda, un especial carisma educativo vigente y, tal vez, más necesario que nunca. Este carisma debe ser cada día la base de vuestra fortaleza porque la partida, globalizada y todo, está en vuestras manos.

II. LOS VALORES DE LA VIDA Y DOS VALORES DEL CARISMA AGUSTINIANO

Me asombra esta profecía de Heidegger realizada antes de la II Guerra Mundial: «Cuando el último rincón del planeta haya sido conquistado por la técnica y esté preparado para su explotación económica; cuando cualquier acontecimiento en cualquier ocasión y a cualquier hora se haya vuelto accesible con la rapidez que se desee; cuando uno pueda “vivir” simultáneamente un atentado al rey de Francia y un concierto sinfónico en Tokio; cuando el tiempo solo equivalga ya a velocidad, instantaneidad y simultaneidad y el tiempo como historia haya desaparecido de la existencia de cualquier pueblo; cuando el boxeador sea considerado el gran hombre para la sociedad; cuando las cifras millonarias de las manifestaciones de masas sean los triunfos... entonces, incluso entonces, todavía se cernirán como un fantasma sobre toda esa locura las preguntas: ¿Para qué? ¿Hacia dónde? ¿Y luego, qué?»¹⁰.

Por cualquier camino que tomemos, ya sea de la fe o de la filosofía, vamos a encontrarnos con estas preguntas. ¡Son las de la vida! Nadie puede renunciar a darles una respuesta, por incierta que sea. Los educadores lo sabemos con una certeza que compartimos con el mismísimo Gianni Vattimo, patriarca de la posmodernidad: «Los sistemas de valores son todo lo que tenemos en el mundo, la única densidad, espesor y riqueza de nuestra experiencia, el único ser»¹¹.

La tarea docente se realiza de principio a fin en el sistema de valores. Y desempeñarla bien nos obliga a realizar un viaje hacia el interior que tiene un componente muy grande de decisión personal, de templanza, de consciencia, de espíritu. Como dice el mismo Heidegger: «Tiene espíritu quien se decide originariamente, templado y consciente, por acercarse a la esencia del ser»¹². Y éste es, muchos siglos antes de la invitación del filósofo alemán, el primer requisito del carisma agustiniano: la búsqueda de Dios y de lo absoluto por la vía de la interioridad. «En mi corazón soy lo que soy»¹³.

¹⁰ HEIDEGGER, M., *Introducción a la Metafísica*, Gedisa, 1992.

¹¹ VATTIMO, G., *Ética de la interpretación*, Paidós, 1991.

¹² HEIDEGGER, M., *Carta sobre el Humanismo*, Alianza, 2000.

¹³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* X, 3, 4.

2.1. LA INTERIORIDAD

La interioridad agustiniana es la certeza de una presencia constante del Espíritu en el corazón: «No quieras ir afuera, entra en ti mismo; en el hombre interior mora la verdad, y, cuando vieres que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo»¹⁴. El ámbito de la vida interior, la dimensión esencial donde se hacen las preguntas y se ensayan las respuestas se os aproxima de una manera especialísima desde el carisma de vuestra vocación. Y de ahí surgen, como en una cadena, el resto de los valores.

Se busca en el interior lo que se va a ofrecer a los demás. Esto nos sitúa en primer lugar ante ese misterio *tremendo y fascinante* que es nuestro propio destino. La interioridad es el valor que permite a un ser humano acercarse a él en la medida de sus fuerzas y, desde este punto de vista, nos convoca a todos. Es, además, un valor imprescindible en este tiempo. Nuestra sociedad del *ruido y la furia* está echando mucho de menos esa dimensión interior. Posiblemente el auge de las religiones orientales y de los espacios de yoga y meditación apela precisamente a esa necesidad de algo espiritual y trascendente. Los ciudadanos del primer mundo estamos pidiendo a gritos volver al silencio y la paz interior, al *examen de conciencia*, para buscar respuesta a las preguntas esenciales de la vida.

Como primer paso de la interioridad debe vivir en todos nosotros el valor de “la humildad ante el misterio”, parte esencial de vuestro carisma agustiniano desde la publicación del inmenso *De Trinitate*.

No sé si conocéis la historia del buen hombre convencido de que si reproducía el *David* de Miguel Ángel en una bolita de miga de pan y la colocaba sobre el pedestal de la estatua, nadie notaría el cambio. Todos los cuerdos y razonables pensamos con suficiencia que es absurdo. Sin embargo, hay quien se ha atrevido a dejar para la posteridad frases como ésta: «Nadie que sea religioso acude a la filosofía; no la necesita. Nadie que filosofe de verdad es religioso, pues camina sin necesidad de agarraderas. Así que sé religioso y reza o sé filósofo y piensa, pero sé sólo

¹⁴ SAN AGUSTÍN, *La verdadera religión* XXXIX, 72.

una de las dos cosas»¹⁵. ¡Esto lo dice nada menos que Schopenhauer! Esta pretensión de que es posible caminar sin agarraderas se parece sin duda a la de esculpir el David en una bolita de pan o a la de vaciar el mar, según la inolvidable reflexión legendaria de Agustín. Todos nosotros somos una amalgama compleja de elementos biológicos, fisiológicos, psicológicos, sociales, educacionales y espirituales, muchos de los cuales nos siguen resultando inexplicables. Capaces del bien, del Arte, de la Ciencia, de la Filosofía, pero también del mal y de la injusticia; inmersos en nuestro nivel racional e intelectual y en la profundidad de nuestros sentimientos y deseos; cuestionados por un misterio que nos envuelve desde el origen y nos iguala en el final, los seres humanos no podemos caminar sin algunas agarraderas. Ya nos gustaría.

«La mente humana no es el bien sumo e inmutable»¹⁶, dice san Agustín. La inteligencia humana está sobrevalorada, y debe reconocer sus limitaciones. ¿Cuántas explicaciones categóricas sobre el origen del universo han *pasado* antes de que Stephen Hawking, este mismo verano, haya dado con la prueba definitiva de la inexistencia de Dios? La de Hawking es una teoría deslumbrante, pero falta aproximadamente media hora para que otro gran científico la refute. Y esto no puede detener el avance de la ciencia, solo debe situarla en su verdadera dimensión, que es irremediablemente *humana*. Existe el misterio de lo desconocido, que excita la curiosidad insaciable de nuestra mente para bien de todos, y existe el misterio de lo incognoscible, un umbral que, sencillamente, no se puede atravesar. Si uno cree en la vida eterna, acepta humildemente un misterio que no va a poder explicar; si no cree, lo acepta también puesto que la incógnita sobre lo que pasa después de la muerte es irresoluble. *No sé nada*, dijo Sócrates hace tres mil años. *Intenta vaciar el agua del mar*, diría san Agustín con garbo pedagógico en esa escena imaginaria que todos conocemos. La inteligencia del hombre ha descubierto las entrañas del mundo y, no obstante, esa afirmación sigue siendo la más sabia. Quien se engaña con el espejismo de la omnipotencia de la razón se corta las alas y puede terminar asido a las agarraderas de la superstición, a cuenta de negar las del misterio. Podemos

¹⁵ SCHOPENHAUER, A., *El mundo como voluntad y representación*, Ariel, 2005.

¹⁶ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* IV, 15, 24.

pensar, filosofar, para conocer mejor nuestra esencia y nuestro entorno, para intervenir en la mejora del mundo. Podemos rezar en señal de humilde aceptación del misterio de la vida y de la muerte, en reconocimiento de la limitación de nuestras fuerzas. De ahí la invitación radical del carisma agustiniano: «No andes por fuera, entra dentro de ti mismo: en el hombre interior se encuentra la verdad»¹⁷.

En la interioridad surge también la fe, que nos permite dar un paso más. Sirve para relacionarnos con Dios, sentirnos incluidos en su proyecto y *justificar* la vida, no solo porque enmarca las realidades –y todo se ve de otra manera– sino porque quien la vive con sinceridad está impelido por ella a ser justo. Sin ánimo de dar claves definitivas, con toda humildad, pienso que tener fe es tan natural como tener sed. Cuando me levanto a por un vaso de agua, un científico me puede explicar que lo hago porque el cuerpo me envía señales de deshidratación. Lo curioso es que el ser humano puede aguantar la sed con un esfuerzo de su voluntad, aunque tenga un límite, o puede beber mucho sin sed, y en ambas actitudes entran componentes que no son solo racionales. Quiero decir que, si en la satisfacción de una necesidad vital tan elemental hay muchas variables sin explicación razonable, ¿por qué debo cuestionar con mi limitada razón las necesidades de índole espiritual? Tengo sed y bebo; noto brotar en mi alma el impulso de la oración y rezo; el mundo me cuestiona y pienso. ¿Tenemos que encerrar nuestras facetas en una colección de cajitas etiquetadas? Somos un todo. Nos moriríamos sin beber, pero algo de nosotros moriría también si renunciáramos a rezar y a pensar. No creo que el mundo de hoy deba tener miedo a la fe religiosa, y no creo que nosotros debamos tener miedo a nuestras propias dudas sobre la fe. La mejor manera de vivir en un planeta tecnificado y veloz es recuperar la vieja idea de que estamos en todo momento *en las manos de Dios*.

La interioridad tiene también un componente irreprimible de concreción, autoevaluación, planificación, reflexión en suma. Por tanto, este primer requisito del carisma agustiniano se convierte no solo en una invitación al desarrollo de nuestra vertiente espiritual, sino también en una posibilidad real de mejora de lo concreto y diario de la tarea docente

¹⁷ SAN AGUSTÍN, *La verdadera religión* XXXIX, 72.

2.2. EL IMPULSO EXTERIOR: EVANGELIZACIÓN Y COMUNIDAD

Hace poco tiempo, un buen amigo, que es un gran artista muy conocido, me dijo: *Dichosos los que creéis*. Este amigo vive con una profunda espiritualidad a la que no quiere llamar fe. Me impresionó su bienaventuranza y tuve que dedicar un rato a pensarla. Sí, dichosos. Con la fe nos viene una conciencia eterna, nos sentimos parte de algo grande, sabemos que nos recogerán en la caída, podemos imaginar la ternura infinita, no conocemos la soledad absoluta. Es verdad, somos enormemente dichosos. Pero también enormemente responsables porque la fe modifica total y absolutamente la vida, y si bien es un don, como nos enseñaba el catecismo, es también un movimiento, un salto de altura. *La fe es la más alta pasión del hombre*, decía Kierkegaard. Y es un salto en el que se avanza hacia quien se tiene enfrente.

Cuando el carisma agustiniano habla de interioridad, no se refiere únicamente al interior, sino al dinamismo “exterioridad-interioridad” como dos realidades estrechamente implicadas entre sí. Se trata de vivir las realidades externas de una manera conectada con el propio interior; de comprometerse con lo externo a través de un vínculo que brota desde lo profundo e interno. De ahí que el carisma agustiniano afirme como prioritaria la comunidad. Solo desde una profunda vivencia interior puede encarnarse la exhortación regular de Agustín: «Vivid en la casa unánimes y tened una sola alma y un solo corazón»¹⁸.

Me voy a atrever –y es un gran atrevimiento para el que de antemano pido indulgencia– a conectar este requisito vivencial de vuestro carisma con las pistas que da el filósofo Kierkegaard para reconocer a quien él denomina “caballero” de la fe. Por supuesto, podemos completar este título con el de “dama”.

Kierkegaard afirma que el paradigma de la fe es Abraham. Tal vez el filósofo danés había leído *La ciudad de Dios*: «Bástenos saber que creyó Abraham a Dios»¹⁹. Voy a enumerar las indicaciones para reconocer a Abraham en nuestros días, a ver si estas pistas os ayudan a pintar vuestro propio retrato y el retrato carismático de vuestra comunidad educativa.

¹⁸ Regla 3.

¹⁹ San Agustín, *La ciudad de Dios* XVI, 23.

«Abraham creyó, y por eso se mantuvo joven, pues quien espera siempre lo mejor envejece en las decepciones y quien aguarda siempre lo peor se desgasta temprano; pero quien cree conserva una eterna juventud»²⁰. Así que quien tiene fe es una persona alegre, joven en el espíritu, capaz todavía de asombrarse y de reír. Por tanto, participa de una comunidad siempre viva y abierta, que reconoce a los jóvenes y se identifica con ellos, que no los considera como inferiores, *menores*, sino como presentes y futuros.

En segundo lugar, quien tiene fe *pertenece completamente a este mundo, más que ningún tendero*. Así que no se va distinguir a primera vista de cualquier otra persona de su entorno ni es un bicho raro. Para vuestro carisma, esto conecta con la autenticidad de la regla agustiniana: «Vivid, pues, todos en unión de alma y corazón, y honrad los unos en los otros a Dios»²¹. En la aproximación a vuestra tarea educativa, esta exigencia se traduce en la disponibilidad, la comprensión, la empatía de quien se considera una persona unida a los demás; hermanada en lo brillante y en lo adverso. «Hombre soy, entre hombres vivo»²², este lema agustiniano debería estar encarnado hoy por todos los cristianos comprometidos: la preocupación por el ser humano, por sus problemas existenciales, por el sentido de su vida. El respeto por la persona y su dignidad, la sensibilidad ante lo frágil, el diálogo con las culturas y los modos de vida actuales, la aceptación de los valores y su legítima autonomía, la sintonía con los más profundos anhelos de cada individuo... son rasgos que, por definición, caracterizan a la comunidad educativa agustiniana.

Otra pista del caballero de la fe es que buscamos a alguien completamente alejado de la superstición o de *esas parodias de la fe que están dentro de las miserias de la vida*. Hablamos, por tanto, de un compromiso activo con la búsqueda de sentido, de verdad, de bien, de felicidad, de paz. La búsqueda áspera y tal vez cuesta arriba de la verdad esencial, sin atajos ni sucedáneos. El docente cristiano es un profesional de

²⁰ Sören Kierkegaard, *Temor y temblor*. Alianza, 2002

²¹ Regla 9.

²² SAN AGUSTÍN, *Carta* 78, 8.

la búsqueda de sentido humano y, por eso mismo, un testigo de la oferta de plenitud y salvación que viene de Dios. Nunca como poseedor absoluto de la verdad, sino siempre como compañero de camino. Es una de las actitudes más reconocibles de Agustín de Hipona, gran aventurero en la búsqueda de la verdad y el sentido de la vida.

Dos nuevas pistas. Dice Kierkegaard: El movimiento de la fe debe hacerse constantemente en virtud de lo absurdo y, cosa esencial, tratando de no perder el mundo finito, sino por el contrario ganarlo integralmente. Buscamos pues a una persona activa, que da ese salto de altura del que hablábamos. Y lo da *en función de lo absurdo*, de lo desacreditado, de lo contracorriente, de lo que no se ve ni se puede demostrar. Y lo da aquí, en el mundo finito, en su casa, en el colegio, en su ciudad, donde cada vida humana se desenvuelve.

Estamos hablando también de una persona de una pieza que *no siente el deseo de convertirse en otro hombre*. Autenticidad, coherencia, identidad que evoluciona con las circunstancias, pero mantiene la estabilidad. Seguramente, por la fuerza paradójica de la fe, tendrá que salirse en ocasiones de lo pautado como norma general; desde luego, de lo políticamente correcto.

Las piezas encajan formando ya una figura identificable. Una persona de fe es quien, en virtud de lo absurdo, ve hijos en los fetos, hermanos en los *sin papeles*, dignidad en los desahuciados, belleza en los distintos; quien tiene llena la vida de amor, de perdón y de esperanza. Quien, en virtud de lo absurdo, complica su vida cómoda y se convierte en solidario. Quien, en virtud de lo absurdo, consuela al doliente, visita al enfermo, comparte lo que tiene, da de comer al hambriento... Quien apuesta por la defensa de los derechos humanos. Porque la fe en el Dios cristiano tiene una traducción práctica inmediata: se convierte en un programa de vida. Y, en virtud de lo absurdo, quien tiene fe entra cada día en lo más profundo de sí mismo, reconoce allí una manifestación que trasciende lo propiamente humano, enciende su *scintilla animae* y reza. Y acude también a la Escritura, que es la fuente de nuestra fe.

Si vamos trabajando para reconocer y potenciar lo que podamos tener de parecido a ese Abraham que confiaba en Dios absolutamente, la

fe modificará no solo nuestra vida, sino también el perfil de nuestra comunidad educativa. De esto no es necesario hablar, a veces ni siquiera se puede, con vivirlo es suficiente. Las ganas de dar saltos de altura se transmiten por contagio.

Las fórmulas propuestas por los especialistas para resumir el carisma agustiniano –"interioridad", "comunidad de amor", "vida social", "vida común perfecta", "amistad", "perfecta comunión de bienes", entre otras–, reflejan todas ellas este salto de altura desde lo interno hacia lo universal. Esta es la imprevista capacidad del pensamiento de san Agustín para conectar con la sensibilidad del hombre de hoy y de todos los tiempos.

III. LA COMUNIDAD QUE EDUCA

EL MODELO PEDAGÓGICO AGUSTINIANO EN VANGUARDIA HOY COMO AYER

Es interesante conocer una de las corrientes pedagógicas de máxima vanguardia: las Comunidades de Aprendizaje. Se trata de un proyecto basado en un conjunto de actuaciones educativas de éxito dirigidas a la transformación social y educativa. Este modelo educativo destaca dos factores claves para el aprendizaje en la actual sociedad: las interacciones entre todos los que forman parte del proceso educativo y la participación de la comunidad. A través del diálogo y la ciencia este proyecto transformador está alcanzando un doble objetivo: superar el fracaso escolar y mejorar la convivencia.

Las Comunidades se basan en la idea del aprendizaje dialógico, profundamente igualitario y solidario; en el desarrollo de la inteligencia cultural del alumno, es decir en su aproximación admirativa a los grandes logros del ser humano; en la certeza de que siempre hay oportunidades de transformación; en la superación de las diferencias y en la solidaridad. En una observación somera, estos principios corresponden exactamente a los criterios pedagógicos del carisma agustiniano. Así, pues, vuestro carisma estuvo, está y estará en la vanguardia de lo verdaderamente educativo.

En las obras de san Agustín se encuentra una insistente idea básica de que en la educación de los jóvenes, por encima de las teorías y metodologías, deben prevalecer el diálogo y la amistad. Él es, entre todos los sabios de su tiempo, el verdadero continuador del diálogo socrático como medio eficaz de transmitir saberes y valores. Agustín acoge e impulsa la educación dialógica hasta el punto de definir la enseñanza como “solidarizarse con el alumno”, algo «tan poderoso que cuando él se deja impresionar por su maestro y el maestro por su alumno, habita el uno en el otro. Esto es así cuanto ambos son más amigos»²³. Como para Sócrates, también para Agustín es importante que «tanto quien enseña como quien aprende sepan que son compañeros bajo un único maestro. Esto es, sin duda, lo más seguro y, por lo tanto, procede que los alumnos escuchen a sus maestros no como a maestros sino como a compañeros»²⁴. Por eso, como en Sócrates, también en el pensamiento de Agustín la educación descansa sobre la pedagogía del diálogo y de la amistad.

Desde la empatía del profesor con el alumno, desde el conocimiento del niño como persona en presente y no solo como viajero de paso por una etapa –ya que, al fin, eso somos todos– ese diálogo interpersonal favorece la transmisión de los valores y conocimientos: «Nadie logra elevar a alguien a su propio nivel a no ser que descienda antes al nivel del otro»²⁵. Esta actitud requiere, evidentemente, la virtud de la empatía, y aún algo más, la cúspide de la exigencia del carisma pedagógico agustiniano: el amor a los alumnos y a la sabiduría que se les transmite, porque «más peso tiene la vida de un maestro que la belleza de sus palabras»²⁶ y porque educar consiste en «acercarse a los alumnos con amor fraterno, paterno y materno»²⁷.

Nuestros alumnos aprenden los valores importantes en la vida cuando nos observan, no cuando nos escuchan hablar sobre ellos. Ellos nos adivinan, nos ven tal como somos en realidad, de ahí que la falta de amor a ellos y a nuestro trabajo nos desprestigie ante sus ojos. Si somos genero-

²³ SAN AGUSTÍN, *Catequesis a los principiantes* 12, 17.

²⁴ SAN AGUSTÍN, *Sermón* 23, 2.

²⁵ SAN AGUSTÍN, *Carta* 11, 4.

²⁶ SAN AGUSTÍN, *La doctrina cristiana* 4, 27.

²⁷ SAN AGUSTÍN, *Catequesis a los principiantes* 12, 17.

sos o no, si tendemos a descalificar o a tratar sin respeto a alguien, si damos una importancia exagerada a lo material, si caemos con frecuencia en actitudes injustas, si somos capaces de controlar nuestro estrés, si nos manejamos con pereza o con rencor ante las dificultades, a qué tenemos miedo, qué nos produce dolor. Ellos ven, más allá de nuestro vestido, nuestra piel. Nos están mirando siempre. ¿Qué les vamos a contestar cuando nos pregunten lo que significa “Venga a nosotros tu reino”?

Así que la primera actitud para poner en práctica este carisma dialógico de la educación agustiniana es la observación de nuestro comportamiento e incluso la autocrítica. ¿Vivo los valores como parte de un compromiso de fe? Por supuesto sin perder de vista que el proceso del desarrollo ético y religioso de los jóvenes va a la par que el nuestro. Y lo que se dice para cada persona es equiparable a la comunidad educativa. Habéis escogido una escala de valores que marca vuestra identidad, vuestra manera de ser y de vivir, construida con la suma de lo que cada uno de vosotros trae *en su mochila* y de las vivencias comunes. Al fin, cada comunidad agustiniana concreta es la suma del carisma de origen y la vivencia personal de quienes la constituyen.

Si los valores que conforman vuestra personalidad educativa se asumen y no se revisan, corren el peligro de ver difuminada su esencialidad en la urgencia de la tarea cotidiana, y, por tanto, de darles la misma importancia que a cualquier otro tipo de actitud. Es imprescindible la consciencia diaria de que vuestro carisma introduce en la dinámica del aula unos valores determinados:

a) Frente al cortoplacismo del ambiente, el proyecto personal

Frente al “cortoplacismo”, el valor que podríamos denominar “largoplacismo”, es decir, la idea de proyecto personal, de apuesta por la propia vida, que exige compromiso de las capacidades y las competencias vitales. Ese proyecto personal para quienes tienen una actitud de fe es el reto: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*

Sed perfectos es una exigencia extraordinariamente vinculante y profunda. Nos permite un punto de partida básico, el reconocimiento humilde de que no lo somos; pero también nos marca una meta a la que

querer llegar y nos proporciona tiempo, camino, vida –toda la vida– para alcanzarla. Es una tarea ética para llevar a cabo un día tras otro, hasta el último. Como nadie puede conseguir la perfección, nos permite también perdonarnos los errores y volver a empezar. Y como nuestra personalidad evoluciona al compás de los acontecimientos de la vida, el esfuerzo continuo por adaptarnos a ese reto nos obliga a conocernos bien, a vernos desde fuera, a evaluarnos.

Pero lo que diferencia sobre todo a este mensaje es el estándar de perfección. *Como vuestro Padre celestial lo es. ¿Demasiado alto? Creo que no. Hace años, a las chicas jóvenes se las enseñaba a llevar unos libros en equilibrio sobre la cabeza para que aprendieran a caminar con la espalda bien derecha y el cuello estirado. Algo parecido a esto debe de ser lo de perfectos como el Padre celestial: “mira para arriba y así no te pesarán tanto tus pies, que siempre estarán inevitablemente llenos de barro”.*

¿Cómo se educa en este valor? Aumentando el nivel de exigencia, poniendo frente a nuestros alumnos esos escalones adecuados a su estatura que constituyen un reto y cuyo premio es el orgullo de haberlos subido. Un proyecto de vida que quiera desarrollar el reto de ser perfecto necesita disciplina, responsabilidad, metas, tiempo, valoración amorosa de los logros y respeto, pues «lo que se busca con esfuerzo se encuentra con más gusto»²⁸.

b) Frente al individualismo, el personalismo

Agustín escoge, frente al individualismo, el personalismo. Un hombre de ánimo sincero se siente único, que no aislado. La conciencia de vivir entre los otros y de amar la vida propia es una manifestación cristiana. No se nos olvide que estamos invitados a amar al prójimo *como a nosotros mismos*. Amar de verdad la vida requiere descubrir nuestra individualidad y apreciar nuestro *estar en el mundo* en un lugar y un momento concretos, rodeados de *otros* que también son únicos e insustituibles, hechos todos a imagen y semejanza de Dios. Me impresiona

²⁸ SAN AGUSTÍN, *La doctrina cristiana* 2, 6, 8.

profundamente la idea de que para cada uno de nosotros *ser es estar aquí* ahora, únicos, irrepetibles, distintos de quienes nos antecedieron y de nuestros descendientes. Esa ineludible *personalidad* nos convierte en diminutos eslabones en la gigantesca cadena de la historia de la humanidad, sí, pero indispensables en el aquí concreto en que debemos desenvolver todas nuestras capacidades: insustituibles hijos de nuestros padres, padres de nuestros hijos, amores de nuestros amores, amigos de nuestros amigos, significantes para quienes nos conocen. Cada vez únicos. Reconocer este hecho desde la humildad es la clave para amar la vida. Y es una clave espiritual.

Para nosotros los cristianos, el personalismo es el valor que se encierra en el significado de la expresión *hijos de Dios*. Nuestra religión apela a considerar persona a cada ser humano: personas individuales, no *individuos* como los de una clasificación biológica. Hijos de un mismo padre, hermanos, nos reconocemos en amarnos los unos a los otros y en la capacidad del perdón. El mensaje cristiano es el primero que habla del perdón y la tolerancia en toda la historia de la humanidad, ahí está su mayor originalidad y buena parte de su influencia.

c) Frente al gregarismo, la participación y la solidaridad

Frente al gregarismo, la participación social. El hombre, a diferencia de los animales, no solo tiene voz para expresar el placer o el dolor; también tiene palabra, capacidad de deliberar conjuntamente con los otros para buscar acuerdos. Ser gregario es, en realidad, lo contrario de ser social. Tenemos que educar en la capacidad crítica ante la publicidad, ante la política, ante las demandas del grupo. Tenemos que educar en la amistad verdadera, en la generosidad y la solidaridad. ¿Y por qué lo vamos a hacer así? Porque tenemos hambre y sed de justicia.

d) Frente al consumo desenfrenado, la austeridad

«Es mejor necesitar poco que tener mucho»²⁹, afirma la *Regla* agustiniana. Frente al consumo desenfrenado, hay que elegir la austeridad que comparte. La elección de la pobreza, en el sentido de rechazo a lo

²⁹ SAN AGUSTÍN, *Regla* 18.

superfluo, y rechazo a las desigualdades en el reparto de la riqueza, es en esta sociedad hiperconsumista una elección.

Ser austero es entender el verdadero significado de la figura de Jesús como un hombre pobre, el verdadero sentido de esa *excentricidad* que es el pesebre del portal de Belén. Los jóvenes entienden este sentido cristiano de la austeridad y tal vez somos nosotros quienes estamos atrapados en la sociedad de consumo.

e) Frente a la ética indolora, la exigencia de las responsabilidades

Debemos enseñar a los jóvenes que no se debe exigir ningún derecho que uno no esté dispuesto a exigir para todos los demás, y que se debe aceptar nuestra propia cuota de responsabilidad. La ausencia de consecuencias en sus actos impide a un niño ver una acción determinada con los ojos de los demás. En cualquier caso, deben tener bien claro que los derechos nos los otorgan quienes nos quieren y la propia sociedad privilegiada en la que hemos nacido, pero los deberes los traemos “de fábrica”. *Coge lo que tienes y dáselo a los pobres*, es un mandato inapelable, pero tal vez para un niño español de ocho años puede querer decir “recoge tu material de trabajo y respeta a la señora que viene a limpiar”, “escucha con cariño a tu compañero”, “comparte tus cosas”.

f) Frente a la exterioridad, el pensamiento

La recuperación de la interioridad, del “examen de conciencia”, que hace preguntas sobre la propia vida. Se ha hablado ya con profusión de este mensaje esencial del carisma agustiniano. Se ha hablado también del testigo socrático que recoge y amplía Agustín de Hipona.

Sócrates decía que había aprendido de su madre –que era partera– el oficio del pensamiento; como la partera, cada profesor puede ayudar al alumno, en diálogo, a extraer la verdad que contiene dentro de sí. Nosotros somos “parteras” de la personalidad de nuestros alumnos y así nos tenemos que ver. ¿Cómo? Dialogando, movilizándolo su mente, preguntándoles sobre sus conocimientos, experiencias y opiniones, no solamente sobre sus vivencias y gustos. A los jóvenes de hoy, sobreprote-

gidos en tantas cosas, apenas les dejamos intervenir efectivamente en el mundo, y, desde luego, en la marcha de la sociedad y de su entorno.

Enseñar a pensar es la antesala de la acción, el espíritu crítico y la capacidad de adecuarse a una realidad que cambia constantemente. Estamos movidos por una apelación profunda: nuestra lámpara se enciende para brillar; nuestros talentos, para multiplicarse. Nunca podremos transmitir la fe si no permitimos a los alumnos desarrollar su propio espacio interior.

g) Frente a la disgregación, el fortalecimiento de los vínculos

La comunidad educativa es un “todos para todos”. El fortalecimiento de los vínculos significa recuperar las obligaciones, la *obligatio* que establece una vinculación con los demás y con el propio interior. Nacemos ya vinculados a los demás, nunca aislados. Por eso cuando los vínculos se rompen, las personas se desintegran. Y parte esencial de esos vínculos son, precisamente, las obligaciones que tenemos con los demás. La común-uniión es una idea profunda y bellamente cristiana y es elemento esencial de vuestro carisma.

h) Frente a la frialdad, la compasión

«La piedad es sabiduría», dice san Agustín en sus *Confesiones*. Compasión no es condescendencia de los que se encuentran bien con los que se encuentran mal, sino acompañamiento del otro en el sufrimiento y en la alegría. Nuestra cultura, llena de recursos comunicativos, en triste paradoja, nos aísla y nos hace romper vínculos con los demás. Pero por ahí tenemos a algún buen samaritano inspirador, a un Jesús que se compadece y comprende a prostitutas y publicanos. Y a un Agustín que jamás olvida la pobreza que le rodea.

i) Frente a la fuga, la libertad

Si el hombre careciese del libre albedrío de la voluntad, ¿cómo podría darse aquel bien que sublima a la misma justicia y que consiste en condenar los pecados y en premiar las buenas acciones? *Presente y libertad* son términos que nuestros jóvenes y nosotros mismos aceptamos

y empleamos en la vida cotidiana sin reflexionar sobre lo que significan. Se nos ha olvidado que la libertad no consiste en poder elegir entre hacer una cosa u otra. La libertad consiste en que *se puede*. Cuando yo, sencillamente, soy libre para *poder*, cuando tengo *la posibilidad de poder* es cuando realmente tengo que tomar las riendas de mi vida. Tal vez para escapar de esta responsabilidad, nos quieren cada vez más clónicos, más adocenados. Y también más jóvenes, eternamente jóvenes e inmaduros, volcados hacia *lo externo*. Cada uno de nosotros, para poder transmitir el sentido de la libertad debe profundizar en su interior, en su proyecto personal. Debe saber qué es, quién es, cuál es su elemento. La verdadera comprensión de la libertad es un resultado de la puesta en práctica de muchos valores. Nuestros alumnos tienen que ser educados en valores hoy para ser libres mañana. Con vuestros tres principios *Unidad, libertad y caridad*, tenéis andada ya buena parte del camino.

IV. CONCLUSIÓN

Existe en nuestro tiempo, la posibilidad de la libertad, la posibilidad de la educación en valores, la posibilidad de vivir en profundidad una fe cristiana. Existe en vuestros centros la posibilidad cierta de desarrollar el carisma agustiniano. No todo se desarrolla como nos cuenta la televisión. *Las cosas de las cuales se dice que solo ocurren cada mil años, son cosas que suceden a diario únicamente con que exista el observador.*

Nuestro desafío personal como educadores cristianos, es vivir cada uno de nosotros la apelación de la fe y su traducción en la vida cotidiana. Cuanto más profunda sea nuestra vivencia interior, más transparente y significativa será para nuestros alumnos. Y nuestro papel como educadores es éste: ser observador de las posibilidades de cada uno de nuestros hijos, partera que las saca a la luz, referente que busca y encuentra momentos para que los hijos se expresen en casa y transmitan sus vivencias y sus dudas. Amigos de aquellos a quienes tenemos la responsabilidad de educar. Como quería Agustín de Hipona, unidos en un solo corazón. No es fácil, la tarea de educar nunca lo es, pero es inapelable.

Estimados amigos, sois personas privilegiadas. Es muy bello compartir con personas jóvenes un carisma, una religión, un proyecto de vida, de amor y de fe, de perdón y de esperanza. La fe os proporciona una visión trascendente del mundo. Vuestra vida personal trasciende en lo que habéis transmitido. Esta conjunción es suficiente para llenar vuestros días de sentido y para haceros felices. Porque un maestro con carisma agustiniano no se cansa nunca del bien y de la belleza. A un maestro con carisma agustiniano le rebosa la esperanza.

AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN 2015

**EL APRENDIZAJE COOPERATIVO,
INNOVACIÓN DESDE LA COMUNIDAD**

Narcís Vives
nvives@itinerarium.cat

Mi experiencia personal y profesional de los últimos 30 años me ha llevado a explorar en qué consiste el aprendizaje cooperativo a través de las redes de personas que colaboran en espacios educativos compartidos sumando sus capacidades desde una metodología inclusiva.

En este intenso camino he podido identificar algunos de los componentes fundamentales que hacen posible que la cooperación en red entre docentes y alumnos se produzca. Presento, brevemente, los componentes de innovación que facilitan esta metodología y que han permitido integrar en la escuela las tecnologías de la información y comunicación (TIC) en una primera fase, para transformarse en una segunda en tecnologías para el aprendizaje y la colaboración (TAC). Sin obviar que las redes no funcionan por la tecnología sino por las personas que, de una forma comprometida y solidaria, las sustentan.

CÓMO CONTRIBUIR AL CAMBIO EN LA ESCUELA: HACIA UN NUEVO PARADIGMA EDUCATIVO EN RED

Considerando a la escuela y al docente como los agentes principales para liderar la propuesta educativa de cambio en el contexto actual de la Sociedad de la Información y el Conocimiento, se presentan a continuación los elementos clave que definen nuestra visión metodológica al respecto. El esquema presenta los momentos inicial y final de este cambio, que se inició hace ya hace algunas décadas, y en el que los centros educativos y profesores pueden encontrarse en puntos distintos de este largo recorrido de maduración profesional.

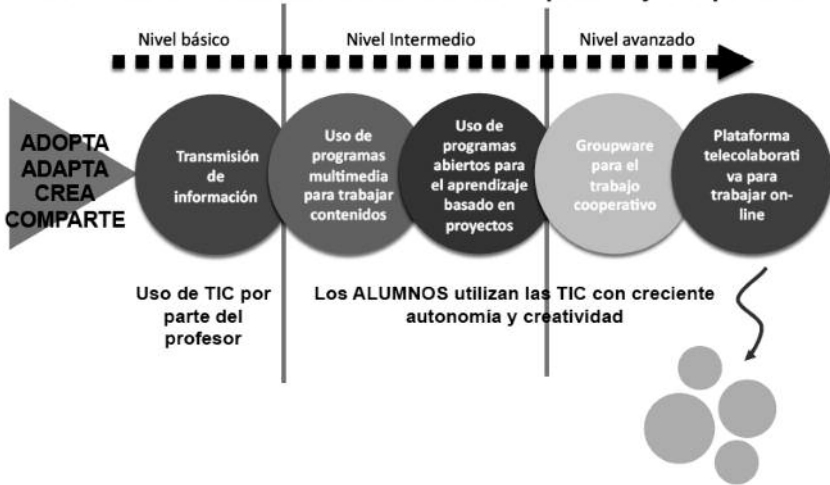
	PARADIGMA TRADICIONAL	PARADIGMA S. XXI
CONOCIMIENTO	Transferido del profesor al alumnado.	Construido conjuntamente por profesores y alumnos/as.
ALUMNOS	Receptores a la espera de un profesor que les llene de contenidos.	El alumno es un constructor activo, descubridor, creador del propio conocimiento.
NATURALEZA DE APRENDIZAJE	El aprendizaje es fundamentalmente individual. Reproductivo y memorístico. Requiere motivación extrínseca.	El aprendizaje es social. Aprendizaje dialógico o comunicativo. Requiere de un entorno de comunidad para generar una motivación intrínseca.
RELACIONES	Impersonales entre alumnado y docentes. Enseñar es responsabilidad del docente que fragmenta el saber para su repetición y ejercitación por parte del alumnado.	Intercambio personal entre alumnos/as y entre docentes y alumnado. Enseñar y aprender es una responsabilidad compartida.
CONTEXTO	Competitivo, individualista.	Aprendizaje cooperativo colaborativo y en red en clase y el centro.

Estamos en un momento de cambio de una enseñanza basada en la transmisión de información a otra mucho más personalizada en la que el alumno es el motor principal de su propio aprendizaje y en el que el trabajo en equipo tiene una gran importancia. Todo ello comporta un cambio de paradigma.

Entendemos que un cambio de paradigma es un proceso que se da en un período largo de tiempo, y que los distintos centros educativos y el profesorado se encuentran en distintas fases de maduración hacia el nuevo paradigma.

CAMBIO DE PARADIGMA EN EDUCACIÓN

Proceso: de la transmisión de información al aprendizaje cooperativo



Hemos identificado **seis momentos** en este proceso de cambio que se corresponden a los diferentes estadios en los que se puede encontrar el profesorado en relación al uso de TIC en el aula y cuatro modos de uso de las TIC.

1. Soporte a la clase magistral: recursos multimedia.
2. Soporte a tareas de ejercitación: interactivos.
3. Soporte a tareas de producción: web 2.0.
4. Soporte al trabajo en proyectos y grupos: actividades en red.
5. Soporte al trabajo en proyectos colaborativos interescolares: proyectos telemáticos.
6. Soporte al trabajo con las tecnologías móviles sobre el territorio.

Los distintos modos de uso plantean la forma en que el docente puede incorporar los recursos TIC con los que se encuentra:

- **ADOPTAR:** integrar recursos o herramientas a mis clases tal cual se presentan.
- **ADAPTAR:** personalizar los recursos o herramientas a mi contexto escolar.
- **CREAR:** diseñar mis propios recursos para el aula.
- **COMPARTIR:** intercambiar con mis colegas nuevos hallazgos o creaciones.

El rol del docente es clave para contribuir al cambio de paradigma y también para incorporar las TIC y la Red en las actividades de enseñanza–aprendizaje.

En todo el proceso de cambio, el centro de gravedad se desplaza del profesor al alumno en un primer momento, y al grupo de alumnos mediante el trabajo en equipo en una segunda fase, cambiando el rol del profesor de la transmisión de información al acompañamiento de sus alumnos durante el desarrollo del proceso de enseñanza–aprendizaje.

INTEGRAR CON ÉXITO LAS TECNOLOGÍAS PARA LA COLABORACIÓN EN EL AULA: EL MODELO TPACK

El conjunto de acciones educativas a llevar a cabo en las aulas en el actual contexto de Sociedad Digital debe abordarse principalmente desde la “mirada competencial”, es decir, teniendo especialmente presente la inclusión de las competencias básicas TIC en las que debe formarse el profesorado, relacionándolas con aquellas que deberá adquirir el alumnado y, complementariamente, los padres, en su labor de acompañamiento en los procesos de enseñanza–aprendizaje.

Un marco de referencia para poder realizar este proceso de integración de la competencia digital en los procesos de enseñanza–aprendizaje ha sido desarrollado por los investigadores Mishra y Koehler (2006) y divulgado por la profesora Judi Harris, fundamentado en que un uso adecuado de la tecnología en la enseñanza requiere del desarrollo de un

conocimiento complejo y contextualizado que denominan Conocimiento tecnológico pedagógico disciplinar (TPACK, acrónimo para Technological pedagogical content knowledge; www.tpack.org).

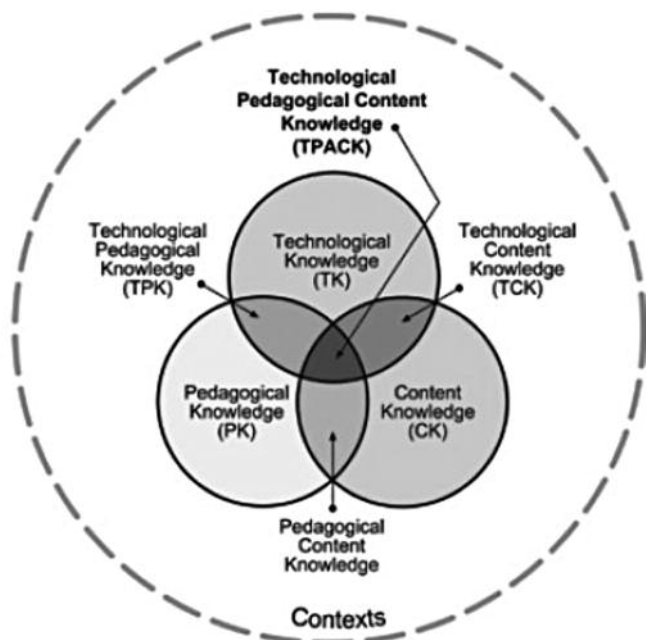


Figura: Conocimiento tecnológico, pedagógico disciplinar. Los tres círculos: disciplina, pedagogía y tecnología, se superponen generando cuatro nuevas formas de contenido interrelacionado. Fuente: <http://www.tpack.org>

Este contexto sostiene que una verdadera integración de tecnología requiere comprender y negociar la interrelación entre tres tipos de conocimiento: el conocimiento disciplinar, el pedagógico y el tecnológico.

Un docente capaz de negociar estas relaciones representa un saber experto diferente del de un especialista disciplinar (un matemático o historiador), o de uno en tecnología (un ingeniero de sistemas) o de otro en pedagogía (un diplomado en educación).

¿CÓMO ORGANIZAR UN PROYECTO COLABORATIVO EN RED?

Para abordar este aspecto, se recomienda tener en cuenta dos grandes dimensiones en este tipo de proyectos:

- La conformación del consorcio o equipo de dirección.
- La conformación de los equipos de trabajo.

La conformación del consorcio debe orientarse en torno a la respuesta de estos dos aspectos clave:

1. Pensar un proyecto que el equipo sepa hacer; es decir, que permita llevar mejor y a mayor escala la experiencia que ya se está desarrollando,
2. Hacerlo con personas e instituciones en su mayoría conocidas y con quienes se comparte el trabajo de muchos años.

Abordamos a continuación la conformación de los equipos de trabajo.

LA CREACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LA RED: CÓMO CREAR EQUIPOS DE TRABAJO Y REDES DE PERSONAS

En el momento de pensar en un proyecto, se piensa también en conformar un equipo de trabajo que pueda llevarlo a cabo exitosamente. Este aspecto es clave y pertenece a la génesis misma del proyecto y no, como muchas veces se piensa, a una etapa posterior. Imaginar el proyecto y quiénes lo pueden implementar desde un inicio facilita procesos, ahorra tiempo y esfuerzos.

Un equipo de trabajo se constituye para alcanzar un objetivo común, sabiendo que el resultado de ese trabajo será sensiblemente mejor que el que se podría alcanzar si se trabajara de manera individual. Supone:

- el conocimiento y la adhesión de sus miembros a los objetivos del proyecto,
- la interacción y el trabajo constante entre ellos, el que generalmente se da por un tiempo determinado, previamente establecido.

La conformación de estos equipos varía según los objetivos que se planteen y el foco de cada uno de ellos.

Para el desarrollo de un proyecto, se pueden crear pequeños equipos que focalizan en un determinado aspecto; algunos interactúan entre sí, pero todos, indefectiblemente, deben hacerlo con la dirección del proyecto, componente indispensable en la vida de todo proyecto.

La dirección tiene la difícil tarea de lograr que todos los integrantes de los equipos “vean” un mismo horizonte en el proyecto; más allá de las diferentes visiones y perspectivas –que por cierto lo enriquecen– deberá guiar, motivar y hacer un estrecho seguimiento de los equipos conformados.

Los estilos de dirección han ido evolucionando a lo largo del tiempo y hoy se identifican con lo que se llama liderazgo.

Existen diferentes estilos de liderazgo. No vamos a profundizar en este tema –que está ampliamente desarrollado en numerosa bibliografía especializada–, solo vamos a mencionar aquel que creemos adecuado para este tipo de proyectos de aprendizaje en colaboración y en red: el “liderazgo compartido”.

El liderazgo compartido supone reforzar a personas en todos los niveles, alentando sus iniciativas y dándoles la oportunidad de tomar decisiones.

Si bien aún no existen grandes certezas acerca de cómo opera el mismo, es evidente que este tipo de liderazgo es el modelo de liderazgo del futuro y, en cualquier caso, el que consideramos apropiado para este tipo de proyectos.

¿Por qué? Porque una estructura más plana y descentralizada es propia del trabajo en red. Las redes promueven un liderazgo distribuido, autónomo y participativo en todos los niveles. Las redes cultivan el liderazgo formal e informal dentro de las comunidades para formar personas capaces de liderar la red a cada nivel. (Fundación Evolución, REDAL, 2006).

El trabajo en red no es nuevo. “Existían las redes antes de Internet, la Web y otros logros de las TIC. Lo que cambia es el alcance, la velocidad, la complejidad y la profundidad de las interacciones de las nuevas redes. Lo que no cambia es que hacen falta no solo herramientas, sino la voluntad. Y esta voluntad nace –si bien en parte de la misma posibilidad de hacerlo dada por las mismas TIC–, por el interés, la necesidad y la creencia de que no solo es mejor compartir información y trabajar juntos, sino la única manera efectiva en el nuevo tiempo” (Prince, 2005).

Pero no es un trabajo sencillo. Requiere de una coordinación dinámica que aglutine todo ese trabajo autónomo y distribuido, dándole coherencia y unidad.

PROYECTOS TELEMÁTICOS COLABORATIVOS

Los proyectos telemáticos colaborativos representan un gran potencial para crear redes humanas y favorecer el intercambio de información y experiencias.

Lo telemático hace referencia a aquellos proyectos que utilizan las tecnologías de la información y la comunicación como soporte del trabajo, el intercambio y la comunicación.

Judi Harris (investigadora del método TPACK) agrupa los proyectos telemáticos educativos en tres grandes categorías:

Los proyectos centrados en los intercambios personales,
Los proyectos centrados en la recopilación de información.
Los proyectos centrados en la resolución colaborativa de problemas.

- *Los proyectos centrados en los intercambios personales* son aquellos en los que la principal motivación está puesta en la comunicación entre los usuarios.
- *Los proyectos centrados en la recopilación de información* tienen como principal objetivo la búsqueda de información sobre un tema, con todos los aprendizajes transversales que ello implica (hipótesis, documentación, organización de la información, elaboración y publicación de conclusiones, etc.).

- *Los proyectos centrados en la solución colaborativa de problemas* buscan el enriquecimiento del proyecto en base a la puesta en práctica de la cooperación entre equipos de trabajo.

La característica colaborativa implica la posibilidad de co–construir comprensión a través de la comparación y combinación de ideas alternativas, interpretaciones y representaciones entre los participantes de manera intra–escolar e inter–escolar.

Los proyectos telemáticos colaborativos se encuentran claramente en los estadios 4 y 5 a los que anteriormente hacíamos referencia: el trabajo por proyectos y en grupo, y los proyectos interescolares a través de Internet, respectivamente.

Cuando nos encontramos en el momento 4, estamos hablando de un proyecto intra–escolar, en el que los participantes corresponden a un mismo entorno (escuela, institución, etc.) y normalmente comparten una misma cultura.

En un proyecto intra-escolar, la evaluación del mismo es presencial y el rol del tutor generalmente es asumido por un educador de un área específica que conoce a los participantes.

Cuando hablamos de un proyecto inter-escolar, los participantes corresponden a diferentes entornos. A partir del proyecto se promueve el intercambio intercultural, la evaluación del proyecto se puede dar tanto en forma telemática como presencial y el rol del tutor puede ser asumido por cualquier educador que no necesariamente conoce a todos los participantes.

“Participar en un proyecto colaborativo implica el trabajo interdisciplinario, en tanto el trabajo por proyectos plantea una organización diferente de los contenidos escolares. En general, no es desde una materia y sus determinados contenidos curriculares que se organiza la tarea, sino que el proyecto proporciona el contexto a partir del cual aparece la necesidad de las disciplinas y una organización en función del proyecto” (López, 2006).

LA ANIMACIÓN TELEMÁTICA.

CÓMO HACER QUE UN PROYECTO SE MANTENGA VIVO

Cuando hablamos de animación, nos estamos refiriendo al conjunto de acciones destinadas a impulsar la participación de las personas en una determinada actividad y, especialmente, en el desarrollo sociocultural del grupo del que forman parte.

Animar supone infundir energía, dar movimiento a las cosas. Y por lo tanto en el desarrollo de un proyecto significa: incentivar, movilizar, promover la participación de todos los integrantes. Es, en definitiva, un medio indispensable para promover el trabajo en red y mantenerlo vivo.

La animación telemática, casi instantáneamente nos remite a un curso a distancia y el rol que los tutores cumplen en él.

Pero la animación telemática no solo es necesaria cuando hablamos de un curso. Debe estar presente en todos los niveles del proyecto: la dirección y la coordinación general, los distintos equipos de trabajo conformados, la red de instituciones que lo lideran, la red de tutores, la red de participantes.

Dinamizar un proyecto requiere de una gran dedicación diaria y seguimiento. Sentar las bases, ponerlo en marcha y mantenerlo vivo a lo largo del tiempo no se da por generación espontánea. Hay que trabajar mucho para lograrlo.

Y la animación es un aspecto clave. Es lo que ayuda “a seguir, a no bajar la guardia, siempre a seguir...”.

Al conformar el equipo de animadores debe tenerse en cuenta, no tanto el desempeño tecnológico de los mismos –que siempre se puede adquirir– sino el seguimiento personalizado que puedan hacer de su grupo y la contención que puedan brindarle, ya que entendemos que su rol no se limita solamente a responder consultas. Implica mucho más, su meta principal es hacer del espacio virtual del Proyecto un lugar agradable para el aprendizaje e intercambio en donde es fundamental la participación de todos, para poder formar una verdadera comunidad.

Las realidades de los participantes en todos sus niveles son de lo más variadas. La experiencia nos indica que siempre se agradece un mensaje alentador, que anime, oriente, recuerde pautas u ofrezca recomendaciones. Y esto, es tarea de todos...

ENTORNOS DE APRENDIZAJE EN RED

Para facilitar el aprendizaje de nuestros alumnos es muy importante poder contar con un espacio de trabajo que sea motivador. Es decir, que estimule la curiosidad, capte la atención del alumno y ofrezca un hilo conductor que permita mantener el interés y mueva al alumno a:

- Formularse preguntas.
- Trabajar en equipo.
- Buscar información.
- Resolver poco a poco las propuestas didácticas que animen su reflexión y promuevan su aprendizaje.

En Internet podemos encontrar excelentes entornos de aprendizaje. Estos sitios web han sido específicamente preparados para proporcionar información interesante y de una forma muy atractiva, combinando diferentes elementos multimedia, juegos interactivos y en red y espacios pensados para la creación compartida.

En estos espacios, es conveniente que:

- Los alumnos puedan explorar diseñando y construyendo ellos mismos
- Se permita que se equivoquen.
- Se marquen objetivos, más que contenidos.
- Se pueda acceder a expertos.
- Se motive al alumno a pensar.

El objetivo es que los estudiantes empiecen a adquirir habilidades de planificación, procedimientos y metodologías que no tenían antes de empezar, más que aprender a construir un objeto particular.

Con el auge y la implantación masiva de los blogs y de las tecnologías asociadas al web 2.0, la posibilidad de creación de entornos de

aprendizaje en red se vuelve aún más atractiva, ya que permite incorporar elementos interactivos que pueden tener un papel fundamental en el arte del aprendizaje: la didáctica.

ESTRUCTURAS DIDÁCTICAS DE ACTIVIDAD EN RED

Se entiende por estructura didáctica de actividad aquella secuencia de acciones que debe desarrollar el alumno para acercarse al conocimiento de un tema. A pesar del poco tiempo de ‘vida’ que tiene Internet, escuelas de todo el mundo se han dado cuenta del inmenso potencial que tiene la red para el aprendizaje.

Si en un primer momento la atención se dirige hacia la búsqueda de información, poco a poco han ido apareciendo usos didácticos de la red. Presentamos una clasificación útil al respecto a continuación: *Internet como lugar de consulta*, como *lugar de encuentro* y como *canal de publicación*.

1. *Internet como lugar de consulta*

- **Webquest:** Según su creador, Bernie Dodge, es «...una actividad de investigación guiada en la cual la mayoría o toda la información utilizada por los alumnos procede de Internet».
- **La caza del tesoro:** Es un tipo de actividad que se utiliza para trabajar un tema específico de forma motivadora a partir de una serie de preguntas que los alumnos deben responder buscando información en el web.
- **Guía didáctica en línea:** Se trata de una guía de clase que ayuda al docente en la organización de la tarea, del material y de la temporalización de las actividades que llevará a cabo con sus alumnos.
- **Viaje virtual:** Constituye una estrategia interesante para integrar los recursos de Internet en el aula. Se plantea el recorrido por un tema como si fuera un viaje o excursión, en el que se transita por diferentes espacios web con información sobre diversos aspectos del tema planteado.

- **Antes o después de una salida:** La preparación de una salida, una excursión, un viaje de estudios, el diario de una ruta... pueden enriquecerse con recursos de Internet para buscar información antes, o compartir después la experiencia.
- **Museos virtuales:** Los museos, sea cual sea su contenido, son fuente de todo tipo de conocimiento. A través de Internet podemos realizar visitas a los museos más importantes del mundo, a museos particulares y también a museos muy peculiares.
- **Guías de lectura y talleres de escritura:** Contienen propuestas de actividades que nacen de la necesidad de fomentar en los alumnos el gusto por la lectura y motivar su escritura creativa.

2. Internet como lugar de encuentro

- **Procesos de escritura:** Se trata de actividades que fomentan la lectura y la escritura. Se invita a los alumnos a que escriban un cuento, una historia, o una novela de forma cooperativa con estudiantes de otros centros educativos.
- **Seguimiento de expediciones:** Los alumnos emprenden un viaje virtual en compañía de un equipo de expertos o científicos, y en ocasiones, de la mano de un especialista en la materia (biólogo marino, antropólogo...).
- **Gincana o juego de pistas:** Los alumnos van ampliando sus conocimientos sobre un tema determinado a partir de la resolución de pruebas y enigmas sobre el mismo.
- **Personificaciones:** Son proyectos que proponen que una escuela o un grupo de alumnos represente un personaje de ficción y que realicen determinadas tareas representando a ese personaje.
- **Clases globales:** Son intercambios entre grupos de clase de diferentes centros educativos que estudian simultáneamente una temática común durante un período de tiempo determinado.
- **Intercambios culturales:** Permiten que alumnos, profesores y miembros de la comunidad educativa se formen en el uso de las TIC para generar contenidos relacionados con su entorno más cercano.

- **Recolección y análisis de datos:** Son actividades telemáticas en las que alumnos de diferentes centros educativos realizan un trabajo de campo para recoger datos sobre diversos aspectos: consumo energético, clima, otros...

3. *Internet como canal de publicación*

- **Periodistas en colaboración:** Actividades telemáticas en las que los alumnos se convierten en los redactores de una revista o de un periódico, y elaboran conjuntamente una publicación ‘on-line’ en torno a una determinada temática.
- **Blog:** Espacio personal de escritura en Internet, ordenado cronológicamente. Puede incorporar aplicaciones que enriquecen la forma de participar de los lectores en base al potencial del web 2.0.
- **Página web de la clase:** Portal de una clase en Internet en el que profesores y alumnos diseñan y editan una página web con información relacionada.

EL LUGAR EN EL QUE VIVIMOS COMO ENTORNO DE APRENDIZAJE

Si por un momento se abandona la idea de que el lugar ideal para aprender es el aula, se pueden empezar a descubrir otros entornos que son también una fuente inagotable de aprendizaje. Uno de estos lugares es el entorno más próximo al alumno, tanto si nos referimos a aspectos que llaman la atención porque son motivadores, como a problemas o situaciones negativas del lugar, ya que muchas veces se ponen en marcha mecanismos para empezar a solucionarlos.

La ventaja de aprender en un entorno real es que se tiene que trabajar con información que no está recopilada ni editada en libros, ni en revistas, audio o video publicados en forma profesional. La información la obtiene el alumno de primera mano.

Si a este enfoque le sumamos las posibilidades de las tecnologías móviles, la geolocalización y el potencial del aprendizaje cooperativo y en

red, nos encontramos sin duda ante una de las tendencias de mayor impacto que transformarán el acceso al conocimiento en los próximos años.

Este nuevo escenario permite desarrollar, entre otros, los siguientes objetivos:

- Crear una infraestructura dinámica y sostenible que posibilite la generación de una red de escuelas activa en Internet y rica en participación en proyectos colaborativos geolocalizados.
- Ofrecer a los profesores el conocimiento de las herramientas tecnológicas necesarias para mejorar sus métodos de enseñanza y el aprendizaje de sus alumnos en el entorno de los proyectos colaborativos telemáticos y del mobile-learning.
- Desarrollar modelos sostenibles y replicables de buenas prácticas que utilizan la tecnología para el aprendizaje y la colaboración.
- Innovar en el proceso de formación de los alumnos en el uso de las TIC, proponiéndoles su aplicación en una dimensión cercana a ellos, como es la descripción de su entorno.
- Promover la actitud emprendedora y el trabajo en equipo en los alumnos.
- Incluir como actores del proceso no solo a profesores y alumnos, sino también a otros miembros de esas comunidades, como padres, vecinos y allegados que no son parte del proceso educativo formal.
- Promover el diálogo entre pares y la actividad exploratoria concreta, que ayudan a la asimilación de los conocimientos a partir de la motivación propia de los alumnos y profesores, y como una respuesta a su curiosidad, sus inquietudes y sus necesidades.

El entorno Eduloc (www.eduloc.net) orienta al profesorado en esta nueva tendencia.



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
LA COMUNIDAD ENTRE EDUCADOR Y EDUCANDO EN LA PRÁCTICA EDUCATIVA	
Francesc Torralba Roselló	13
EL VALOR DE LA COMUNIDAD A LA LUZ DEL ESPÍRITU AGUSTINIANO	
Francesc Torralba Roselló	27
LA COMUNIDAD QUE EDUCA. EL MODELO PEDAGÓGICO AGUSTINIANO, EN VANGUARDIA HOY COMO AYER	
Carmen Guaita	43
EL APRENDIZAJE COOPERATIVO, INNOVACIÓN DESDE LA COMUNIDAD	
Narcís Vives	67

LIBROS FAE

- 1. UN ALMA SOLA. GRUPOS JUVENILES AGUSTINIANOS** (Agotado)
Santiago M. Insunza Seco, OSA
- 2. NOTAS PARA UNA EDUCACIÓN AGUSTINIANA**
AA.VV. (I Aula Agustiniiana de Educación, 1994)
- 3. VALORES AGUSTINIANOS. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN**
AA.VV. (II Aula Agustiniiana de Educación, 1995)
- 4. PENSANDO CON SAN AGUSTÍN**
AA.VV. (Reflexión desde san Agustín sobre los temas fundamentales de la fe cristiana. Segunda edición)
- 5. EDUCACIÓN ESTILO AGUSTINIANO**
Pedro Rubio Bardón, OSA (Selección de textos de san Agustín sobre la educación)
- 6. EL ALUMNO AGUSTINIANO**
AA. VV. (III Aula Agustiniiana, 1996)
- 7. PERFIL DEL COLEGIO AGUSTINIANO**
AA.VV (IV Aula Agustiniiana de Educación, 1997)
- 8. RETOS DE LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA**
AA.VV (V-VI Aula Agustiniiana de Educación, 1998-1999)
- 9. ANTE LOS JÓVENES DEL 2000**
AA.VV (VII Aula Agustiniiana de Educación, 2000)
- 10. EDUCACIÓN AGUSTINIANA Y SIGLO XXI**
AA.VV (VIII Aula Agustiniiana de Educación, 2001)
- 11. EL CLIMA ESCOLAR AGUSTINIANO.**
AA.VV (IX Aula Agustiniiana de Educación, 2002)
- 12. LA TUTORÍA AGUSTINIANA**
AA.VV (X Aula Agustiniiana de Educación, 2003)

- 13. LA LOCE Y SU LECTURA AGUSTINIANA**
AA.VV (XI Aula Agustiniana de Educación, 2004)
- 14. MIRANDO A EUROPA**
AA.VV (XII Aula Agustiniana de Educación, 2005)
- 15. SER PROFESOR HOY**
AA.VV (XIII Aula Agustiniana de Educación, 2006)
- 16. PROFESORES EN FORMA**
AA.VV (XIV Aula Agustiniana de Educación, 2007)
- 17. LA ESCUELA AGUSTINIANA, PROYECTO DE CONVIVENCIA**
AA.VV (XV Aula Agustiniana de Educación, 2008)
- 18. HABLAR HOY DE DIOS EN LA ESCUELA AGUSTINIANA**
AA.VV (XVI Aula Agustiniana de Educación, 2009)
- 19. UNA PEDAGOGÍA CON DIOS AL FONDO.
EL CARÁCTER PROPIO DE UN CENTRO EDUCATIVO
AGUSTINIANO**
- 20. PROFESORES COMPETENTES**
AA.VV (XVII Aula Agustiniana de Educación, 2010)
- 21. LA ESCUELA AGUSTINIANA Y SU COMPROMISO CON LA
JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD**
AA.VV (XVIII Aula Agustiniana de Educación, 2011)
- 22. RETOS Y POSIBILIDADES DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS
EN LA ESCUELA AGUSTINIANA**
AA.VV (XIX Aula Agustiniana de Educación, 2012)
- 23. COMPARTIR LA MISIÓN EDUCATIVA EN LA ESCUELA
AGUSTINIANA**
AA.VV (XX Aula Agustiniana de Educación, 2013)
- 24. LA INTERIORIDAD AGUSTINIANA, CLAVE PARA EL
CAMBIO EDUCATIVO**
AA.VV (XXI Aula Agustiniana de Educación, 2014)
- 25. EL VALOR DE LO COMUNITARIO EN LA
ESCUELA AGUSTINIANA**
AA.VV (XXII Aula Agustiniana de Educación, 2015)